

# Nº31 Octubre 2024

Para aclarar a los mal hablantes  
Escribir nunca fue, ni será, mi meta.  
Soy pueblo y amante,  
Y por consecuencia poeta.

**Ítalo Cienfuegos**

**En este número**



**Poesía hoy 10**

**Ítalo Cienfuegos**



*“poesía es  
encontrar caminos  
a la belleza”*

AGUEDA ESPINA ZAMBRANO  
DIFICULTADES  
ESTEBAN RODRÍGUEZ ARROYO  
RISSELL RODRÍGUEZ  
EL RINCÓN DE CRISTIANE  
ELOY CALVO PEREZ  
LINO  
JOSEBEL ESTEVE CASELLES  
NATALY NOBOA  
FERNANDO BUSTOS ODZOMEK  
PÁGINA 30 VISTO EN REDES  
LAURA BÁRCENAS  
ESTHER BLANCO RODRÍGUEZ  
ZULMA MARTÍNEZ  
YANET ALMAGRO CARRERA  
JULIANA E. CALLE  
SARA PIERALLINI  
JAIME RODRIGUEZ MATÉ  
SARA SERRANO CIUDAD  
AGUEDA G. ESPINA ZAMBRANO  
LUIS IGNACIO MARÍN  
ANDRÉS RIQUELME PEÑA  
LUIS NICOLÁS PIETANZA  
RODRIGO GARCÍA VILLARRUBIA  
TERESA BENEDESSI  
GEMA BOCARDO

**Agueda  
Espina  
Zambrano**

**Con voz  
V d. Mujer**

**DONDE NO CABE LA  
NOCHE**



La gente se apelotona en la barra alborozada y el patuco de un bebé cae al suelo. Un abuelo con bastón se agacha para cogerlo y en ese momento es padre y es joven y ama la vida. La madre del pequeño pide al padre unos calamares en su tinta con cerveza sin alcohol. El niño llora y ella lo coge y lo pone de pie sobre la mesa y es feliz haciéndole carantoñas. Las muchachas de otras mesas sonrían y una de ellas se toca la tripa. Otra mira a su novio con ternura. Suenan cristales rotos de una bandeja que cae al suelo. No muere nadie. Las bromas siguen y los abrazos y las vidas desempolvadas que salieron a la calle tras un largo invierno. El azul oscuro de la noche compite con los fogones de leña, con el brillo de las lámparas y las lentejuelas. Un hijo mayor se levanta para ir al baño y desde allí manda un mensaje a su nueva compañera de clase. Tienen que crear una historia juntos; comenzarán en veinte minutos, allí, donde no cabe la noche.

# Editorial Dificultades

En este mundo lo más difícil es ser mujer. Incluso para las que son mujer florero y están en una permanente exposición u obra de teatro, en una vida aparentemente regalada. Después de ser mujer, en este mundo lo más difícil es ser madre. No por la proliferación de vástagos no deseados que vienen de serie con el carnet de padre sino por las dificultades para cumplir con éxito su papel. El mundo no está por su labor de crianza y yo creo que es ahí donde está el verdadero futuro del feminismo, aunque no soy yo quien tiene que decirlo.

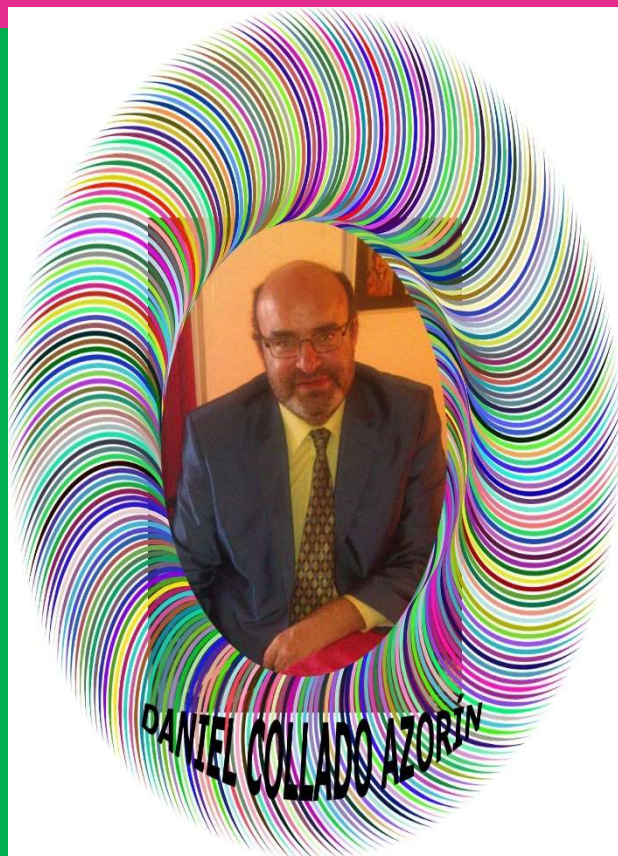
Después de mujer y madre lo más difícil es ser mujer y madre de raza no blanca u no occidental. En este caso los condicionantes de pobreza y prejuicios de género están masificados para estas personas cuya vida estará más marcada por el hecho de la cuna.

Y ya después tenemos que poner otros hechos difícilmente sin duda: Ser mujer u hombre transgénero, algo que parece a menudo un invento de la modernidad pero no lo es y que enfrentamos los más desde el prejuicio de la imagen que veo. Pero sobre todo lo que veo es que no estoy exento de prejuicio aunque quisiera. Y me pasa lo mismo con la raza, con la condición social, etc. Incluso el machismo está dentro de mí, queriéndolo o no.

Todo esto tiene que ver con la construcción de los roles hombre mujer desde la educación, pero vemos que ya en esta misma es problemático porque unos quieren todo y otros solo quieren lo de siempre y así desde pequeños ya están las dificultades puestas. Nadie está en posesión de la verdad, hay que educar para el diálogo social y no para la exclusión. Al final cada cual pertenece a un guetto determinando en que le habrán dicho de manual como tiene que sentir y pensar, tal y como piensan los suyos. Y ahí está el dogma, reluciente, de cada cual. Todos retratados y desde pequeños encontrando eso: dificultades. La vida es difícil. Sobre todo si no hablamos de diversidad ni se acepta al diferente.

*Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre*





DANIEL COLLADO AZORÍN

## Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº31 Octubre 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378  
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas  
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5  
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,  
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y  
redacciones de los autores que la  
componen. La participación es libre y no  
remunerada. Los textos e imágenes enviados  
están sujetos al criterio del editor. El autor  
conserva los derechos sobre su obra.

*Estimado Daniel Collado, no te diré que siempre leo toda la revista, porque no es así, en realidad normalmente leo muy poco precisamente porque soy muy lector, es normal que no nos interese todo y que haya que pasar de largo ante tantísimas publicaciones pues habiendo ya tanto escrito en libros y revistas cada cual debe procurar dedicar su tiempo a lo que realmente sienta que le vale la pena. Tu labor es esforzada y digna de encomio, al leer al menos y dedicar algún tiempo a nuestros escritos. Sobre estos temas relacionados con la creación literaria trata tu última editorial, Silencios y oasis, que es de las pocas cosas, tus editoriales, que siempre leo en la revista y no es por hacerte la pelota bien sabe Dios, es la verdad que, pudiendo callarla sin embargo me parece justo exponerla. Mis propias opiniones sobre los llamados talleres de literatura, en los que nunca he participado ni espero hacerlo en un futuro, son complejas y no del todo negativas.*

*Al leer tu editorial he considerado la posibilidad de rescatar un escrito mío relativamente reciente y semihumorístico y levemente irónico además de inciertamente ambiguo, o al menos eso espero, que trata de ese tema y cuestiones relacionadas con la escritura y la creación artística, como las que tú señalas tan brevemente en tu editorial. Esperando que pueda formar parte de una próxima revista, te lo envío, que por cierto tu texto no ha hecho más que reforzar mi deseo de publicarlo pues era uno de los mejores candidatos que tenía disponibles para una posible próxima publicación.*

*Muchas gracias por todo  
Esteban Rodríguez Arroyo.*

DENTRO

RISSELL RODRÍGUEZ

DE MI

## Vacío

El pitido en mi oído se hace cada vez más fuerte impidiéndome escuchar con claridad lo que hablan en el cuarto.

Creo escuchar al doctor hablar con mi madre, pero no sé qué dicen, finalmente escucho como ruedan mi camilla hacia otro lugar. Estoy en el quirófano nuevamente y después de muchos días, despierto, pero sigo igual, me falta el aire, mi ritmo cardíaco es lento, no puedo mover nada, mis ojos miran ni siquiera se abren ya y el pitido en mi oído aún es más fuerte. Escucho murmullos y voces, pero no logro saber quién está ahí ni qué dicen, quiero escuchar, eso me hacía sentir mejor, pero al parecer ya no puedo, me siento tan vacío, simplemente ya no puedo más. Ya no quiero estar aquí, estoy decidido a irme al otro mundo o a otra vida, como sea, pero ya no quiero seguir sufriendo aquí en este cuerpo inútil que de todos modos me está matando. ¿Cuánto tiempo más tengo que estar en él? ¿Qué tengo que hacer para salir de él?

Sigo escuchando murmullos y voces, parecen oraciones y puedo escuchar a mi madre llorar cerca de mí. Se siguen reuniendo más personas porque escucho más murmullos, ahora alguien grita:

*-¡ES QUE NO ES POSIBLE! ¿No pueden esperar más tiempo? ¿En serio, no pueden hacer nada más? -*

Ya sé de qué están hablando, obvio de mí y de que harán conmigo, ya déjenme ir, se los suplico, no aguanto más, estoy cada vez más vacío, mi mente está en blanco, no puedo recordar mi vida, no puedo recordar los rostros de nadie, no recuerdo porque estoy aquí, solo quiero irme y morirme en paz. Al final se escucha mucho silencio por unos minutos seguidos, luego la voz de mi madre entre sollozos cerca de mí que me dice:

*-Mi amor, mi bebé más pequeño, mi tesoro, sabes que siempre fuiste la alegría de la casa y siempre trajiste mucha felicidad a mi vida. Ahora es tiempo de aceptar que ya no estarás más con nosotros y que nuestra vida debe continuar siempre recordándote y sabiendo que detrás de esa rebeldía, siempre fuiste buen muchacho, aunque te metías en problemas nunca le hiciste daño a nadie. Tu padre igual estaría orgulloso de ti. Ojalá algún día se encuentren y puedan ser felices juntos hasta el día en que nos volvamos a ver todos. Han pasado más de 4 meses desde que llegaste aquí y créeme que se nos ha hecho difícil a todos aceptar este proceso. Esta es una decisión difícil que yo no tengo el valor de tomar y por eso me despido, aprovecho este momento contigo porque no quiero estar presente más tarde. Te amo hijo y siempre te llevaré en mi corazón. Aunque nunca te lo dije, si me sentí muy feliz de que te tatuaras mi nombre porque me hizo*

*sentir muy querida por ti y aunque nunca te lo decía mucho por nuestras constantes peleas, te amo y siempre fuiste mi gran tesoro. Adiós David. - No sé cómo sentirme ahora, mi vacío se hizo aún más grande y quiero arrancarme el corazón. Nunca conoceré el dolor de perder un hijo, pero esas palabras me hicieron ver el dolor desde otra perspectiva muy distinta. Luego de un rato escucho murmullos y llanto, aunque no sé de quién, yo también estoy llorando, sin demostrar nada, aquí todo flaco, pálido, desnutrido, con los labios morados por falta de oxígeno y ojeras enormes, mis ojos cerrados porque ya no puedo ni abrirlos, imagino mi aspecto de zombie de película de los noventa y realmente ya no quiero que nadie me vea así. No sé dé que están hablando, pero empiezo a sentir mucho miedo y desesperación, como si me fuera a dar otro ataque de pánico, siento mi pecho aún más presionado y mi ritmo cardíaco baja lentamente, no respiro, es horrible, me siento muy cansado y la falta de aire me desespera, escucho a través del pitido de mi oído como el sonido de la máquina se va reduciendo haciéndose más lento y me desespera porque ya sé lo que está pasando, me han desconectado. Quisiera ordenarle al cerebro que respire, que se levante, que ocurra un milagro y que me espante y vuelva a reanimarme, pero los intento de mi subconsciente son tan inútiles y siento como todo se pone negro, ya no es gris, mi pulso se va, me siento cansado, no respiro, el aire se va, no respiro, me desespero, necesito aire, se que el aire no va a*

*volver así que con el último segundo que le queda a mi subconsciente, pienso en lo mucho qué hay que amar la vida y aunque no sé cómo llegué aquí, al menos sabré cómo me voy, Adiós mamá, te amo. Esta vez me apago y me nubla esa oscuridad mientras ya la falta de aire me ahoga, esa oscuridad a la que todos le llaman muerte.*

*Nombre: José David Cohen Lara*

*Fecha de nacimiento: 14/03/1991*

*Edad: 28 años*

*Fecha de ingreso: 19/05/2019*

*Resumen: Paciente masculino quien es traído al centro hospitalario a las 8:34 de la noche del día 19/05/2019 por presentar múltiples traumas en cráneo, tórax, abdomen y piernas, por impacto frontal lateral izquierdo entre vehículo liviano y vehículo pesado, mientras el paciente conducía vehículo liviano, llegando a emergencia 45 minutos a 1 hora después del accidente.*

*Hoy día 23/06/2019 el paciente ha sufrido daño cerebral grave por traumatismo craneoencefálico. Ha pasado un mes y cuatro días desde que el paciente fue ingresado y no ha dado señales de recuperación de la conciencia por lo que se ha diagnosticado estado vegetativo persistente.*

*Hoy día 04/10/2019 Han pasado 4 meses y dieciséis días desde que el paciente fue ingresado.*

*El paciente ha fallecido.*

*Hora de la muerte 5:47pm.*

**Risell Rodríguez**

# Especial Poesía Hoy 10

## Ítalo Cienfuegos

Tengo 21 años. Soy Chileno. Estudié en la Universidad Católica. Nací en una pequeña (no tan pequeña), ciudad entre la playa y el desierto llamada Iquique, en el Norte. Luego por la educación tuve la suerte de ir a Santiago a la Universidad. Escribo desde que tengo memoria.

### 1. ¿Cómo llegaste a la poesía?

Siempre estuvo ahí. Empecé antes incluso de leer poesía por eso no tienen mucha calidad los primeros poemas. Luego ya leyendo... Neruda, Sábines, mucho de la escritura latinoamericana. En latinoamérica es difícil tomarse en serio el arte, dedicarle tiempo.

### 2. ¿Qué poetas te han influido o admiras?

Huidobro con la poesía del Neruda más que su personaje. Sábines y esa idea de escribir como contracorriente. Pero en latinoamérica es difícil encontrar un ambiente idóneo para escribir aunque sí hay muchos temas.

### 3. ¿Es preciso ser inadaptable para ser poeta?

Sí y no. Yo no escribo para expresarme sino para inmolarme.. al final uno lucha con esa autoalma y estar inmerso en la sociedad, ahogarse en la vida.

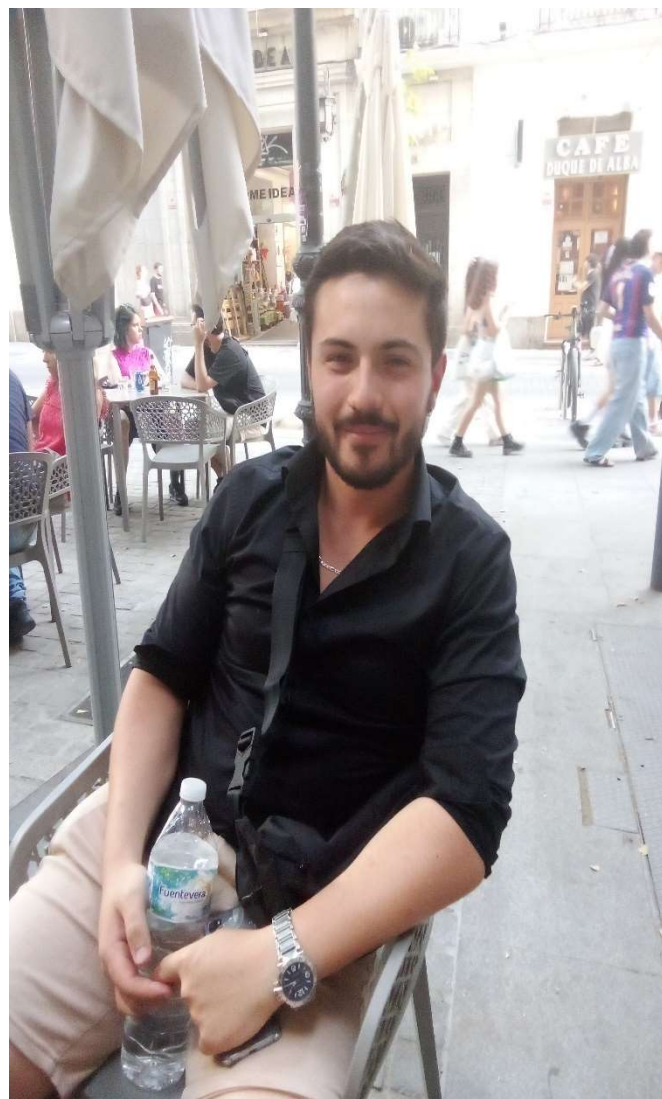
### 4. ¿Para qué sirve la poesía?

Como la literatura y el arte sirve para algo que es difícil, para poder encontrar las preguntas y alguna respuesta. Muchas veces no sabemos encontrar las palabras, el poeta te muestra el camino. Encontrar la belleza, la poesía no es un punto final sino seguir encontrando esa belleza. La belleza está en las cosas, es un camino que te presenta la vida en la mano.

### 5. ¿La poesía debe denunciar los males del mundo?

No necesariamente pero si lo hace es mejor.

### 6. Háblanos de tus libros.



Tengo dos. Uno “Goma de consolaje”, creo que le falta mucho trabajo, es solo la foto de un momento es de un sentimiento extremo que no supo quedar atrapado en las palabras como yo quisiera que hubiera quedado. Y el segundo, mucho mejor, “Camioneros de medianoche” un libro de relatos con historias y leyendas que ellos tienen y representa el pensamiento de esas personas a las que no se les escucha mucho y parte de una investigación que hice y representa un punto de vista que no es usual.

**7. ¿Hay una idea en tus libros que quieras transmitir con ellos?**

En el primero de romper los márgenes desde el cariño y desde el dolor , que se puede uno vivir y desvivir desde lo cotidiano.



**8. ¿Escribes solo cuando estás inspirado o te pillan la musa delante del folio en blanco?**

La inspiración existe pero te tiene que pillar trabajando. Tengo la pasión del escritor.

**9. ¿Eres poeta completamente o es solo una parte del oficio de escritor?**

La poesía es mi principal forma de escribir y de expresar. La narrativa viene después.

**10. ¿Qué opinas de la autoedición?**

Creo que las grandes empresas se aprovechan de l deseo de publicar de la gente pero también supone una democratización de la cultura, de algo como el editar que siempre ha sido como muy elitista. Eso ayuda a lanzar carreras que no hubieran existido de otra forma.

**11. ¿Ser poeta tiene que ver con el narcisismo?**

Depende, Pausa. En mi caso creo que si.

**12. Recomiéndanos un libro y dinos cuáles son tus principales lecturas.**

Canto al Altazor número 2 de Huidobro, la más hermosa declaración de amor. Y lecturas las del boom latinoamericano con esa forma de traer el lenguaje al propio español, de entregarle nuestra forma de ser.

**13. ¿Que debe primar más: la calidad o la cantidad?**

La calidad obviamente. Me cuesta pensar en la cantidad como poeta más bien no. Hay algo de tiempo, y me enfrento al poema. Entramos en la lógica del mercado y entonces tendremos malos poetas. Definir la condición propio del poeta a través de la lírica pero 59 poemarios de calidad... me parece difícil. Escribir un poema es un trabajo de un encontrarse , no son firmas de notario

**14. ¿La poesía es el mal de quién es sensible?**

Es la bendición. La forma de expulsar el dolor, de definir una camino.

**15. ¿Cómo ves el mundo hoy en día?**





Lo veo en un momento crepuscular. Hemos cambiado de paradigma hacia la tecnología que yo ya he vivido pero creo que se esta perdiendo lo más importante, recuperar el compartir. Es todo utilitarista, pero hay que asumir los grandes sentimientos que tenemos. Es más facil un insulto que una declaración de amor por que todos tenemos que ser fuertes... de una lógica individualista. Tengo la fortuna de viajar mucho. Y vivir me ha abierto a la literatura.

**16. ¿Tienes alguna manía o pequeño truco a la hora de escribir?**

**Yo escribo en las notas del celular.**

**17. ¿Te satisface la vida o necesitas complementos cómo leer, escuchar música, comer..?**

**Me satisface porque yo mismo me doy el intento de gozarla. La muerte es muy nefasta.**

**18. ¿Se puede escribir de amor y ser original?**

**SI, es dificil pero hay tanto ya escrito pero cada parja o cada desencuentro aunque sigan un mismo patron las condiciones cambian. Y siguen saliendo libros. Original en sentido de propia impronta.**

**19. ¿Como te gustaría ser recordado?**

**Como alguien que se atrevió a vivir su sueño. No alguien de bibliotecas, como Borges.**

# Caminante selección, Italo Cienfuegos

## *Mi guerrilla es la poesía*

Para aclarar a los mal hablantes  
Escribir nunca fue, ni será, mi meta.  
Soy pueblo y amante,  
Y por consecuencia poeta.

En un mundo ensordecedor,  
Qué podría hacer mi alma desconsolada  
Sino gritar el dolor  
Que hay en el silencio de una mirada.

Mi voz no será, ni fue, nunca mía,  
Tenemos mucho que rescatar,  
Como para salir a cantar  
Mi propia triste melodía.

Mi guerrilla es poesía,  
Y con mis versos quemaré el cielo,  
Hasta que la injusticia, un día,  
Nos regale un consuelo.

## Agua

Somos dos olas  
Que chocan y se destruyen  
Y se funden y se revientan  
Somos una lengua de espuma

Nadie puede salvarnos

Somos dos ahogados  
Que se respiran de a besos  
Que se entrelazan de algas  
Somos la gota de sal en tus labios

Nada puede salvarnos

Somos dos naufragos  
Y la tormenta suena  
a golpes de carne,  
a silbido de huesos  
Somos dos barcos empapados

No hay salvavidas

Somos muelle y marea  
Y la luna nos reclama  
La caracola desgarrada  
El ancla desaparecida  
Somos lo que destruyó la marejada

No hay salvavidas  
De los gemidos submarinos,  
Ni para este mar  
Que es una gota que se seca  
En la comisura de la sabana.

## Luchemos

Tiremonos contra las paredes,  
Destrocemos la ropa  
Mordamosnos los labios  
Chupemonos el cuello  
Dejemonos morados

Rajemonos la piel  
A arañazos y mordiscos.  
Deshojemonos enteros  
Seamos carne viva contra carne viva.

Masquemosnos las lenguas,  
Saboriemonos el oxido,  
La sangre que brota y se desliza,  
Resbalemonos el uno contran el otro,  
Destruyamonos a roces.

Frotemonos las costillas,  
Refreguemonos los organos en los huesos,  
Dejemonos que su palpar nos recorre,  
Temblemos hasta destruirnos,  
Hasta ser un monton de sangre caliente,  
Una simple cosa roja  
Que late en el suelo exhausta

## ¿Quién desvivirá el silencio?

Serán acaso las miradas  
Que no pasan de largo  
Será, tal vez, la mancha  
Que provocó un llanto

¿Quién se desvivirá buscando?  
El que pensó esta muerte  
Y no pilló mi tumba  
O el que escucho mi nombre  
Y no encontró esta cara

¿Quién desvivirá mi ausencia?  
En los zapatos fríos,  
En esos grandes comedores  
Con mi asiento vacío  
¿Quién usará mis tenedores?  
Les dejo mi cuchara  
Me quedaré con el cuchillo  
Aunque no me sirva de nada

¿Quién revivirá las palabras?  
De mis cuadernos de sonrisas  
Con los recuerdos de caricias,  
Que le tengo guardadas,  
A mi dulce sueño asesinado.

## Me miras

Me miras. Te vas acercando. De cerca me miras. Parpadeas y me miras de nuevo cada vez más de cerca. Cada vez más pegadas mi nariz con tu nariz, mis cejas con las tuyas. Se agrandan tus papilas y las mías y se van hundiendo la una en contra la otra en este juego tibio de enredarse a miradas. Hasta que te me metes toda entera por los ojos. Y yo te siento pasear por lo que soy. Vas con cuidado baldosa por baldosa, las rotas, las mal puestas, las nunca terminadas. El piso es un temblor constante. Me vas perdonando los agujeros en suelo, los desniveles varios. Luego miras hacia arriba y acaricias las grietas que ha dejado el mundo en mi techo atolondrado. Entonces

la vida me empieza a doler un poco menos. Y te sigues adentrando. Estás pisando caminos tan míos que ni yo conozco. Te encuentras con escombros de esperanzas y andamios olvidados; Todo aquello que formó tu prehistoria. Quieres tomarlos. Ordenar un poco este desorden, pero se rehúsan a tus manos. Ojalá pudiera hacer tuyo mi pasado. Dices qué más da y sigues avanzando. Una ráfaga suave y tibia te acaricia el cuerpo. Tus pies sienten que el suelo se convirtiendo lentamente en arena y en el fondo ves algo que brilla. Algo que emana una luz así de dulce, así de trémula. Una luz que se expande cariñosa, que da sentido a la habitación entera. Te es conocida. La has visto tantas veces. Un espejismo del vivir diario. No entiendes, pero te acercas. Sabes que esa luz es el final del camino, lo más profundo que puedes llegarme, mi verdad más transparente, todo lo demás es desconocimiento. Esa que es origen de todos mis versos. Te paras frente a luz y la luz te mira y te sientes sorprendidamente comprendida e igualada, como una gota que se funde con otra de la misma agua.

Mi luz es tu mirada mirando tu mirada.

## Tu boca

Oh tu boca,  
La que alumbra mis sueños de poeta,  
La que sin hablarme me toca  
Y que mi mente inquieta.

Alúmbrame el camino  
Hacia ti, con tus luces,  
Provócame un desatino  
Y hazme caer de bruces.

Oh dulce boca, boca celestial  
Cuanto amor provocas cuando respiras  
Y cuanto calor en mi inspiras  
Cuando te muestras así, tan natural.

Oh boca santa cámbiame la suerte

Bésame despacio, a tu modo.  
Después que venga la muerte,  
La maldad y el odio.

## *A los manifestantes muertos*

Tengo un amigo muerto  
Que a veces me viene a ver  
Me pregunta si el cambio fue cierto,  
Y yo no le quiero responder.

Imagínense cuánto le va a doler  
Escuchar que murió por su pueblo,  
Y que su pueblo se resignó a perder.

Que ese pueblo calla,  
Por miedo a un militar,  
Y a una metralla  
Con ganas de matar.

Ayúdenme por favor  
¿Qué le voy a decir?  
Si él murió por un amor  
Que no se quiere rendir.

Porque yo tengo un amigo muerto  
Que a veces me viene a ver  
Me pregunta si el cambio fue cierto,  
Y yo no le quiero responder.

## *Las palabras*

Eso de hablarnos,  
De gritárnoslo todo,  
En medio de todos.

Labios y miradas.  
Nadie escucha.

Solo tú y yo,  
Y nuestras palabras.

El silencio que inventamos  
Entre el sonido de la música  
Y las sirenas de la calle,

Y los brindis.

Y nosotros  
Con nuestras palabras flotantes.  
Con nuestras palabras miradas.  
Entre eso todo, fuera de eso nada.

Nuestras palabras,  
Como tú, como yo,  
Se quedaban derretidas  
Y enamoraditas al mirarse.  
Fundándose y frotándose,  
Sin irse a los oídos.

Creando nuestro silencio.

## *Es mía*

Perdóname amigo,  
Pero ella es mía.  
Es mía en las noches cuando se toca  
imaginando mis manos.  
Es mía cuando está contigo y se distrae  
pensando,  
Es mía porque ese pensamiento soy yo.  
Es mía cuando sonrío sin razón  
Es mía porque la sinrazón de su sonrisa es  
un recuerdo nuestro.  
Es mía cuando te hace el amor sin amor  
O cuando te besa con los ojos abiertos.  
Es mía cuando lee poesía,  
Porque es como si se estuviera leyendo a  
ella misma,  
Y ella misma es toda mía.  
Sí, en algún momento fue tuya,  
Pero ahora después de tanto tiempo siendo  
tuya  
¿Quién lo diría?  
Ahora ella es solo mía.

## *Jardín*

Por favor,  
No te cruces más por mi jardín.  
Mis flores tiemblan  
Cuando pasas

Y mi esposa ya no sabe  
Como hacerlas florecer

## Exiliados

Están desconcertados,  
En otra patria buscando  
Pieza para un ideal.

Con un gesto ritual de amenaza  
Los despidieron sin ceremonias  
De sus familia y sus casas

Les han quitado la sangre y la cultura  
Mandándolos a renacer,  
Lejos de una dictadura  
Que no los pudo someter.

¡Vuelvan amigos míos  
Sigán el camino de su memoria  
Vuelvan a este país  
Y salven la futura historia!

## Cuerpo docente

¿Cuál es el aprendizaje  
Que regala el amor?  
Si después de tanto viaje  
Todo termina en la bahía del dolor

Creí en tus manos  
En particular  
Porque me podían enseñar  
A ser un poco más humano

Creí en tu mirada loca  
Que hizo que me naciera en lo profundo  
Algo así como un mundo  
Solo con rozar mi boca

Creí que tus dibujos  
Eran la senda que debía seguir  
Pero ahora voy a morir  
Sin tu amor y sin tu lujos  
Y allá estás tú feliz  
Con otra vida, con otra gente,

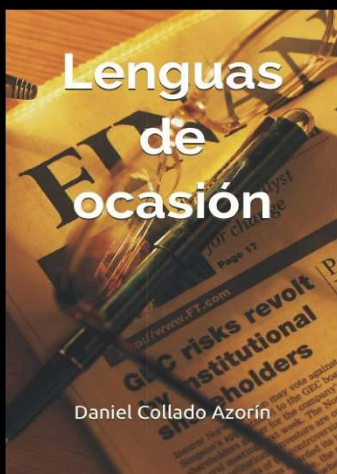
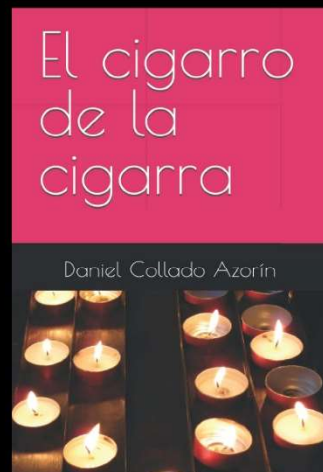
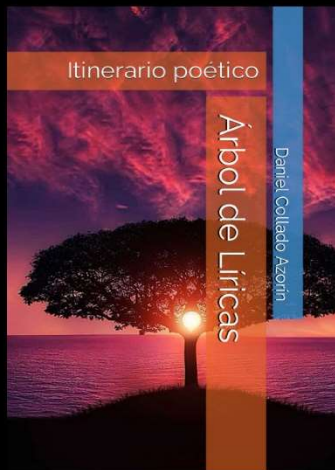
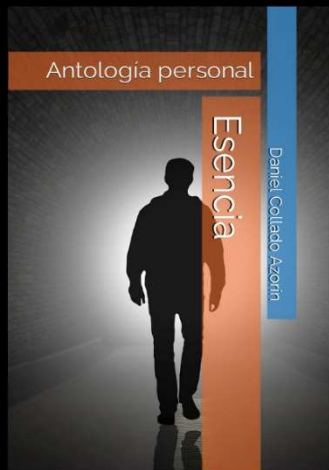
Y aquí está tu aprendiz  
Que no olvida tu cuerpo docente.

## Italo Cienfuegos

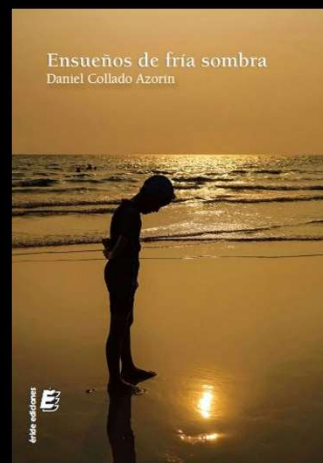
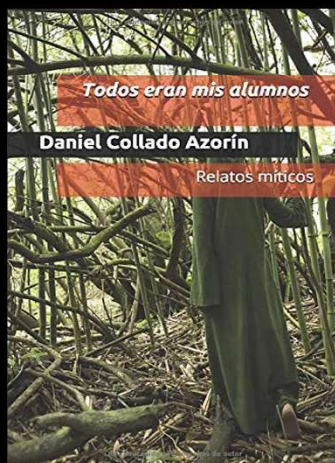
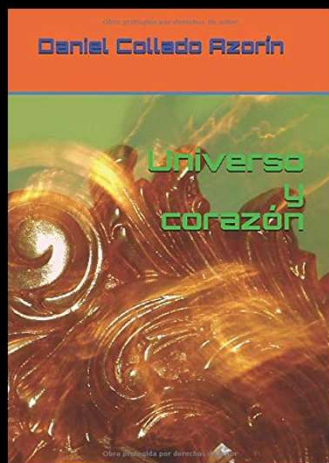
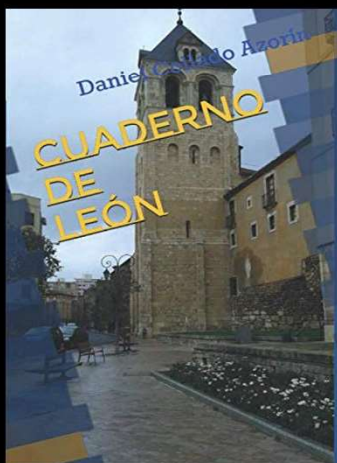
La Opinión de Caminante:

Es una poesía directa con fuerza en el verbo y en las imágenes, muy propias de los comienzos.

Transmite pasión y juega bien con las estructuras sintácticas, y la adjetivación. Muy prometedor



*escritordaniel.es*



## El taller de literatura

Por más que queramos ignorarlo el taller vuelve. Aquí se enseña a pensar y escribir, a esforzarse por alcanzar la corrección mirando siempre hacia la perfección, se enseñan los truquillos y trampillas del oficio, las tretas, los subterfugios, las triquiñuelas, pero también las habilidades necesarias y los recursos infalibles para atrapar al lector. Aprenderemos a defendernos astutamente contra quienes recomiendan no asistir a talleres de literatura para no adocenarse, mientras ellos mismos propagan sus enseñanzas suspicaces en talleres de pensamiento crítico. También aprenderemos a utilizar y desperdiciar o malograr las ironías más o menos sutiles hasta la supresión de la delgada línea blanca que separa la ironía de la franqueza.

Para aprender a escribir, en primer lugar hay que saber, o decidir, qué queremos escribir, no es lo mismo prosa y verso, novela que cuento, ensayo poesía, y tampoco los estilos son iguales ni las calidades, hay estilos amenos, aburridos, insoportables, elegantes y complejos. Una vez decidido todo eso, se estudian someramente las principales corrientes literarias de todos los tiempos, se analizan detenidamente los textos, se elaboran listas de recursos literarios, siempre con especial atención a la voz propia del autor, inconfundible e inclasificable, que torpemente trata de expresarse abriéndose paso con valor esfuerzo en el mundo abarrotado y asfixiante de la literatura universal. Algunas obsesiones son imprescindibles para la causa, sólo de ellas saldrá lo que pueda resistir todos nuestros esfuerzos por aprender algo bueno.

Para empezar podemos proponernos objetivos modestos o reducidos, en la medida de nuestras fuerzas y resistencia, esos objetivos ya irán creciendo y madurando con el tiempo hasta llegar a la muerte como límite de maduración y de la vida humana del autor comprometido. Empecemos, para empezar, con temas minúsculos y ligeros, sin demasiada preocupación ahora por el estilo admirable y la corrección extrema para no bloquear la delicada creatividad con responsabilidades excesivas. Elijamos entonces un pepino, por ejemplo, pero un pepino, pequeño y verde, algo torcido, describimos ese pepino, lo imaginamos en distintas situaciones, lo

exprimimos y sazonomos, sin olvidar su dimensión metafísica, que también la tiene y es la nuestra por la interacción del artista con el objeto, que puede ser un pepino pero también un abeto majestuoso. El pepino cuando es pequeño y tierno se denomina pepinillo, si con él escribimos un cuento será probablemente un cuentecillo, tanto breve como sencillo; si el cuentecillo adquiere el color y sabor del pepinillo será un cuentecillo verde y alargado, torcido aunque ligeramente delgado. Observamos atentamente y aprendemos con curiosidad cómo la forma característica del tema tratado se adhiere subrepticamente a lo escrito como se adhieren las malas palabras a los jovencitos estudiantes en el colegio, sin poder evitarlo, por la ley universal de la asimilación, por la naturaleza de las cosas y las turbias inclinaciones humanas difíciles de contrarrestar con ascetismo y voluntad: no queríamos hablar del pepino, pero al surgir el tema incidentalmente por la adherencia propia de las inclinaciones humanas retorcidas y la evolución de los acontecimientos en el tiempo que les es propio, esa imprevista aparición eventualmente ha conllevado asimismo cierta ligereza en el tratamiento del asunto tratado y nos ha obstaculizado el camino dificultando en gran medida una actitud apropiada para la adecuación a lo más grave y sombrío. Al resultar así la forma que va tomando el elemento escogido, la expansión de sus connotaciones impropias se presta bastante bien para historietas picantes y gracias ramplonas donde abundan los dobles sentidos trillados y las groseras analogías formales, de la forma, la forma del pepino y el tomate.

El autor joven normalmente no sabe, pero está lleno de ilusión. A medida que el tiempo transcurre se trasvasa énfasis del depósito de la ilusión al de la sabiduría experimentada. Cuando la ilusión así se amarga, cosa que también puede ocurrir con el pepino, se transforma naturalmente en sabiduría trascendental, el proceso es normalmente irreversible. A pesar de utilizar trucos y técnicas y embeberse de palabras y tradiciones y usos y costumbres que han demostrado su valía y eficacia en la ruptura y la subversión; a pesar de estudiar los mecanismos de la incorrección y la contrariedad, el personalísimo mundo del autor encuentra siempre un camino hacia la libertad de su

expresión propia, ese camino no suele ser otro que el cansancio y el embotamiento mental agudo, que producen grandes deseos de libertad insatisfechos. Los principales inconvenientes con que se encuentra el escritor novato y arrogante son su escasa consistencia ontológica, su falta de personalidad, su excesiva preocupación por las críticas, su inseguridad y el incesante titubeo entre la fidelidad austera y ciegamente obcecada y la brillante habilidad encantadora de la seducción eficaz y deslumbrante. No se debe huir de estos extremos descarriados, se los debe integrar en la unidad de la escritura que trasciende sutilmente su objeto, el mundo del escritor debe ser total, abrumador, inconmensurablemente enorme para, de toda esa inconmensurabilidad y enormidad, con dos dedos, delicadamente y sin elegancia ni remilgo, escoger un minúsculo: pepino, mínimamente, sin ternura, porque no necesitamos tragedias ni palacios, porque la condición humana se expresa en el momento de elegir algo que decir y pudiendo elegir bien y decir bien elegimos sin embargo no tan bien, mejor aún, de la única manera inmejorable, en concordancia con el espíritu que antes que de la letra es de la tierra, el agua, el aire, y nos pertenece porque a él pertenecemos en cuerpo y alma. Y sabiendo que la sabiduría mata y la pasión destroza nos guardamos cautamente de destruir precipitadamente nuestro objeto, ya habrá tiempo para eso con precipitación y cuidado y, lo que es más importante: sabiduría, que no tiene nada que ver con la experiencia acumulada y los bagajes y recursos recomendados por expertos en las artes.

Al final del trayecto recorrido en el delirio, inevitablemente tendremos que reconocer pronto nuestro fracaso, nuestra ignorancia, la incapacidad, la falta de habilidad, el bochorno del desastre cometido, la vergüenza de la vanidad y del entusiasmo irresponsable. Es el momento de entrar en el buen camino, empezar por el principio, quizá el objeto no era apropiado ni nosotros los más indicados para acometer esa tarea tan delicada. Un taller literario podría ser la solución, también hay otras formas, otros talleres, de pintura, cocina, manualidades, esquí acuático, barcos de papel, o crucigramas si nos acercamos a las letras. Y si al fin y al cabo el consabido desastre era inevitable, nos queda al menos como mínimo

consuelo el haber llegado antes, que saliera lo de dentro en su pureza destemplada, que ese extraño diamante brille con su propia luz multicolor sin molestar a quienes duermen o escriben diestramente en sus torres. La experiencia se acumula hasta explotar, harta de sí misma, la ilusión se transforma en sabiduría por el camino de la amargura, la pasión se entenece con la sobriedad insospechada y sus caminos retorcidos. Para evitar la complejidad innecesaria en las formas, elegimos la sencillez que se esconde detrás de innecesarias complejidades arduamente recurrentes, ya que es inevitable nos delatamos en todas nuestras elecciones y omisiones, pues el mundo es amplio y con frecuencia la libertad insuficiente y huraña.

El taller nos da las herramientas apropiadas, nos proporciona una guía, satisface nuestras necesidades de compañía y nos arropa en todo momento con productos culturales oportunos. La soledad es dura y pesada, productora de necedades y desvaríos sin sustancia. Caminando por caminos sólidos y consagrados llegaremos lejos en nuestro propósito de no llegar a ninguna parte, porque llegar es la muerte, según sabemos desde siempre, y el viaje es lo que cuenta. Rompiendo una y otra vez los esquemas rompedores conquistamos esa libertad perniciosa y fatal que nos impide dar dos pasos seguidos en la misma dirección. Sistematizamos nuestros conocimientos para poder repudiarlos mejor, y cuando la lista de imposibilidades y prohibiciones se extiende hasta el infinito y ya engloba la completa enormidad de la vastedad inconmensurable del mundo del autor, encerrados en esa aporía resultante y acuciados por la necesidad de salir de ella y escapar, comprendemos demasiado tarde que el taller sí era útil después de todo, ejercicio de humildad y resignación, límite entre lo imposible de alcanzar y lo ya alcanzado e inadecuado; y ya que se trata de naufragar, naufragamos, al menos por nuestros propios medios.

**Esteban Rodríguez**  
**Arroyo**



# El Rincón de Cristiane



# RECECHO

El sonido de los nudillos sobre la puerta le lleva a levantar la vista de los papeles que reposan sobre el escritorio y casi sin dar tiempo a que su secretario penetre en el despacho el marqués se levanta y con un gesto de asentimiento le da a entender que lo disponga todo. Nada más cerrarse la puerta el anciano aristócrata vuelve a sentarse, se sirve una nueva copa de coñac y, con la ayuda del espirituoso se decide a vencer los últimos reparos acerca de la acción que, en pocos minutos, va a plantear a sus visitantes. A medida que el líquido discurre por su garganta sus recelos van desapareciendo. No hay vuelta atrás. O hace lo que está dispuesto a hacer o el banco se quedará con una parte de sus tierras de labor, el honor de sus antepasados resultará mancillado y él y su familia serán el hazmerreír de toda la aristocracia. Mientras apura el último sorbo, a la cabeza del anciano acuden muchas de las palabras que siendo niño le dijera su abuelo, la persona que le transmitió todo lo que sobre la caza llegó a aprender y por la que llegó a sentir, en vida y tras su muerte, un respeto mayor que el que dedicara a sus padres. Un buen cazador es aquel que sabe interpretar el campo, adivinar querencias, prever los lances e intuir la oportunidad, recuerda que le dijo la primera vez que su abuelo permitió que le acompañara a una montería, antes de explicarle que la querencia era la tendencia de personas y animales a regresar al sitio en el que se habían criado o lugar que habitaban y el lance cualquier situación crítica o difícil que pudiera presentarse. Recuerda haber contestado a su abuelo que, entonces, un buen cazador era aquel que siempre volvía con alguna pieza y lo hacía, además, disfrutando de que las capturas, pocas o muchas, no eran fruto del azar sino de su maestría y conocimiento del arte de la caza.

La sonrisa del abuelo al escuchar sus palabras fueron su manera de decirle que, aunque niño, había captado el mensaje y que, si al final de aquella jornada, regresaba disfrutando de alguna pieza, la caza entraría a formar parte de su vida de igual manera que, a lo largo de generaciones, lo había hecho con las de otros miembros de la familia. El marqués sabe que debe bajar. Ya han llegado todos y no es correcto hacer esperar a los invitados, pero se pide a sí mismo un último minuto. Sesenta segundos para seguir disfrutando de esos momentos felices, pues a pesar de que sus reparos casi han desaparecido no desconoce que pueden retornar en cualquier momento, máxime cuando se juega con fuego, Recorrer el terreno buscando a la presa, acercarse con sigilo –sin ser visto ni oído–, tener en cuenta la dirección del viento y la posición del sol, utilizar los prismáticos, situarse a distancia de tiro y disparar. Recuerda, esta modalidad de caza se llama rececho, le había explicado su abuelo, y es la que más esfuerzo precisa del cazador, porque quien la practica debe llegar a una distancia óptima de disparo sin que la presa perciba su presencia, pero teniendo en cuenta que el cazador se mueve en el medio natural del animal. Como homenaje a su abuelo, siempre que tuvo oportunidad el marqués utilizó esa modalidad en sus salidas al campo pues apreciaba de ella que, desde el primer momento, conocías con certeza el animal al que ibas a dar caza, su sexo y su edad aproximada.

–Buenas tardes, les ruego me disculpen por los minutos que les he hecho esperar, aunque viendo las copas y los platos que se agolpan en las mesitas auxiliares intuyo que no me han echado de menos.

Las risas de los siete hombres que ocupan los historiados sillones de la sala- biblioteca confirman al anfitrión que sus invitados, en espera del trato que han venido a cerrar, se sienten a gusto. Al observar los rostros y tratar de recordar los nombres y apellidos de los presentes en la biblioteca, el marqués no puede evitar pensar en cómo ha cambiado el país y ello le trae, de nuevo, la imagen de su abuelo describiendo con pelos y señales la ceremonia de coronación de Don Alfonso XIII al cumplir dieciséis años y la boda con Doña Victoria Eugenia de Battenberg, cuatro años después, en la Basílica de San Jerónimo. Lucas, Pablo, Antonio, Martínez, Pérez, González. Nombres corrientes por no decir vulgares y ni un solo apellido compuesto delatan la cuna de los presentes. Empresarios del dinero fácil, nuevos ricos que, en los últimos años, entre negocios legales y otros que no lo son, han acumulado tanto dinero que no podrían gastarlo así vivieran mil años. Son los descendientes de los que tradicionalmente han servido los manjares en las bodas reales, trabajado los campos, azulado a los animales en las batidas y monterías, y cobrado las piezas cuando los perros las han señalado.

–Deseo en primer lugar mostrarles la confianza que han depositado en este anciano cazador. Debo suponer, y así lo hago, que si han delegado en mi persona la organización de una cacería de esa naturaleza es porque están convencidos del éxito de la misma.

El marqués escruta los rostros de los siete hombres e intenta no hacerlo con desprecio. Sería un gesto de desagrado hacia quienes están a punto de salvarle de la quiebra, al menos momentáneamente, pero sus papadas, sus prominentes barrigas y el poco estilo con el que visten los trajes que portan no hacen sino recordarle los tiempos en los que el apellido, la clase y el bien hacer reinaban tanto en la ciudad como en el campo.

–Corríjanme si me equivoco. El día que fuimos presentados todos estuvieron de acuerdo en participar en una partida de caza original. Dicho de otra manera, algo distinto a lo que habitualmente se ofrece tanto en nuestro país como en el extranjero.

En otras circunstancias, al marqués le hubiera costado creer que los hombres que tiene delante y que se deleitan con sus canapés y copas de licor hubieran matado alguna vez algo distinto a conejos, liebres o jabalíes. Su aspecto rural los delata, pero el viejo aristócrata sabe que todos ellos no solo han cobrado osos, búfalos y bisontes, sino que han abatido leopardos y leones en Tanzania, rinocerontes blancos en Sudáfrica, elefantes en Zimbabwe e hipopótamos en Mozambique.

- Organizarlo no ha resultado fácil. De ahí, el alto precio que deberá pagar cada uno de ustedes, aunque, si he interpretado bien sus deseos, la cantidad a pagar por cada rifle no les supondrá ningún problema.

¿Se estaba saltando todas las normas que, a lo largo de la historia, habían regido la vida de los miembros de la nobleza? A pesar de algunos recelos, no lo creía. La vida era una carrera por la supervivencia. Todos los seres vivos competían en ella y el marqués no era ajeno a esa competencia. Si su linaje estaba en peligro, cualquier acción que llevara a cabo estaría justificada. Se trataba de sobrevivir.

–He meditado mucho sobre la mejor de las modalidades para llevar a cabo nuestra particular cacería. Tratándose de una competición, algo que les adelanto, entendí que la mejor sería aquella en la que cada uno de ustedes actuara por separado de los demás.

El marqués escruta los rostros de los presentes a fin de conocer el efecto de sus palabras. Acaban de conocer que van a competir entre ellos y ninguno de los rostros muestra señales de desagrado. Todo parece estar en orden. Ha llegado el momento de pasar a los detalles. El marqués hace sonar una campanilla y, segundos después, su secretario personal entra en la estancia portando en sus manos siete carpetas que irá entregando, una a una, a todos los presentes.

–Lean el contenido de las carpetas con detenimiento. En su interior encontrarán dos documentos, además de una hoja con las características de la cacería y las normas por las que esta se registrará. El primero de los documentos es un contrato privado que establece los compromisos que han de cumplir tanto el señor marqués como el cazador firmante. El otro un acuerdo de confidencialidad por el cual el cazador se compromete a no revelar ningún dato relacionado con la organización y desarrollo de la cacería que tendrá lugar en la fecha convenida.

Los empresarios-cazadores han terminado de leer la documentación y ninguno plantea objeciones. Eso quiere decir que todos aceptan pagar los 300.000 euros estipulados por participar en la cacería, así como que serán 25 las piezas totales a abatir –10 machos, 5 hembras y 10 crías– teniendo cada una un valor diferente: cada hembra abatida equivaldrá a dos machos y la muerte de una cría será como si se hubieran cobrado cinco ejemplares adultos.

–Si no hay objeciones y eso quiere decir que el premio de un millón de euros para el ganador les parece bien, les ruego que procedan a firmar los dos documentos.

Una vez todos los han rubricado, los cazadores abandonan la mansión del marqués quedando emplazados para quince días después, fecha en la que tendrá lugar la cacería. Cuando ve partir al último de los caprichosos e insaciables nuevos ricos, el anciano marqués se sirve una última copa de coñac y cierra los ojos disfrutando por anticipado del bello espectáculo que tendrá su desenlace definitivo en tan solo dos semanas.

El aristócrata ha dedicado muchos años de su vida al estudio de la historia y no le cabe duda de que, igual que ocurrió con los dinosaurios, la nobleza y su estilo de vida terminarán por desaparecer, pero desde luego no serán los Lucas, los Antonio, los Pérez o los Hernández los que acaben con ellos. Ya lo intentaron con la guillotina, las constituciones liberales y las repúblicas, y si ellas no lo consiguieron no serán estos advenedizos, amasadores de dinero fácil y rápido, los que lo logren. Lástima que falten todavía dos semanas. El marqués siente una enorme curiosidad por ver la cara que pondrán los siete empresarios-cazadores cuando tras agrupar las piezas cobradas y retirarles las capuchas y antifaces reconozcan en ellas a sus esposas, hijos, hijas, nietos y nietas. Cuando el aristócrata abre los ojos su felicidad es completa. Está seguro de que su abuelo, en aras de salvar el linaje y la estirpe de la familia, aprobaría esta nueva modalidad de recheo con la que él cobrará dos pájaros de un tiro: evitará la hipoteca sobre sus propiedades y dará una patada en el trasero a esa nueva clase social que pretende ocupar un lugar que por cuna no les pertenece.

# Eloy Calvo Pérez

## 25 Kilos de harina

Todo lo poético o romántico que pudiera tener el ser panadero acababa a las doce y cuarto de la noche, justo cuando sonaba el despertador. Acto seguido me levantaba del sofá con los ojos de una persona que le gusta dormir por las noches, y me ponía en marcha. No antes de mirar al gato y que este me devolviera la mirada como diciendo: No sé dónde vas a estas horas, ni me interesa, pero seguro que eres un inútil solo por tener que ir. Y con este ánimo me iba a la panadería a hacer pan.

Yo no tengo vocación de panadero, es más, no tengo vocación por nada que me haga estar despierto cuando no quiero estarlo, pero la vida es así de divertida. Vayamos por partes y así explico cómo llegué a este gran oficio. Yo estaba desempleado, no digo parado, porque no me gusta esa palabra, me suena despectiva, y aunque nos lo quieran vender así, no tener un empleo remunerado no significa que seas un ser inferior. De hecho, si lo piensas bien, si alguien dispone de dinero suficiente para no tener que trabajar en toda su vida, no lo llaman "parado", lo llaman "un tipo afortunado" y todos le tenemos envidia, o por lo menos yo. Llevaba cuatro meses desempleado, y aunque no cobraba mucho de la prestación que me había quedado después de estar trabajando siete años en la misma empresa, me iba cojonudamente bien. Cada mañana salía a correr, practicaba Yoga, cocinaba, escribía, leía, escuchaba música, pasaba tiempo con los míos, veía pelis, series, iba de compra al mercado, daba grandes paseos y me metí en un grupo de música a tocar la batería. En fin, que llegados a este punto no tenía ni ganas ni tiempo para

tener un trabajo. Y así pensaba estar hasta que ya no pudiera estarlo, porque como dijo Thoreau en Walden "Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir. No hay mayor equivocación que consumir la mayor parte de la vida en ganarse el sustento"

Pero recibí la llamada.

– Caballero, le llamamos del instituto nacional de empleo y tenemos una oferta para usted, es de ayudante de panadero.

– Pues llamen a otro que yo no tengo tiempo para estas mierdas. Esto no lo dije, pero lo pensé.

La cosa se complicó cuando me dijeron que si rechazaba el empleo me retiraban la prestación. Eso fue una bajeza por su parte, pero siempre tuvieron la sartén por el mango. Y así, de esta manera tan bonita y romántica, me convertí en panadero, bueno, en ayudante de panadero.

El primer día fue un infierno. Me acosté a las siete de la tarde para poder aguantar toda la noche despierto y tuve una pesadilla horrible, trabajaba de noche y era panadero. Cuando sonó el despertador me tomé tres cafés y me llevé un termo. Llegué a la panadería y me tomé el resto del café antes de empezar, esta guerra estaba ganada, ya no tendría que preocuparme por el sueño. Media hora después se me caían los párpados. La noche es para dormir o salir de cachondeo, todo lo demás es un mal invento. La panadería era pequeña y solo trabajábamos dos, el dueño y yo. Manuel tenía 67 años y era un buen tipo, pero estaba quemadísimo del trabajo, yo diría que incluso estaba cansado de vivir y era un tipo triste. Es de estas personas que heredan una vida que no quieren, pero que se quedan con ella porque es la opción más fácil o para no defraudar a los suyos. Y eso hizo. Imaginaros

heredar una empresa familiar que fundó tu tatarabuelo y que ha dado de comer a varias generaciones de los tuyos, y venderla porque no quieres esa vida. Eso debe de ser un marrón y un estigma familiar interesante. No muchos tendrían la fortaleza de hacer algo así. Yo lo haría sin pestañear, pero igual es que soy muy egoísta y mala persona por querer hacer mi vida. Manuel hablaba muy poco, lo que hacía que pasáramos muchas horas en silencio, eso le daba al trabajo un rollo espiritual y casi eclesíástico que tenía su punto. Trabajar en silencio y con las manos tiene algo primitivo que hace que uno se sienta bien, o eso pienso yo, sentir la masa y “jugar” con ella aporta algo que no sabría explicar, es como meter las manos en la arena de la playa, hay cierto placer ahí que no sé a qué responde pero ahí está. Recuerdo que muchas veces imaginaba que estábamos en una abadía perdida al norte de Italia, al más estilo El Nombre de la Rosa, haciendo pan para los demás mamones que estaban durmiendo plácidamente y que se levantarían con cara de haber dormido por la noche. Y me sentía útil, casi importante de realizar dicha labor, pero también echaba mucho de menos esa cara de despertarte por la mañana, esa cara no se consigue durmiendo durante el día.

De vez en cuando Manuel ponía la radio y escuchábamos un programa llamado “Hablar por hablar”. Si alguien no conoce el programa, era uno de esos programas en los que la gente llama y cuenta sus problemas. Cuando uno escucha las historias de los demás, piensa: Joder, pues tampoco estoy tan mal. No veas cómo está el patio. El mundo está muy jodido.

Manuel murió a los 72 y yo sigo haciendo pan. Ahora es cuando alguien puede creer que después de su muerte me quedé con la panadería y colorín colorado... ¡Ni de coña!. Yo

dejé la panadería a los 4 meses de estar allí porque me estaba convirtiendo en Manuel, me estaba volviendo gris y triste al mismo tiempo, y desayunaba el almuerzo y almorzaba la cena, y así no se puede vivir, era un muerto viviente. Pero será que me quedó un residuo en la cabeza que asocio la noche con el pan, y cuando no puedo dormir porque me agobia con la vida, me pongo a hacer pan como si estuviera en la abadía, eso me relaja. Mi familia sabe que cuando reparto pan es que algo no va bien, y no les falta razón, porque echo mucho de menos una época de mi vida, pero esa época solo duró cuatro meses, y no hablo de los que pasé en la panadería, sino de los que pasé corriendo, haciendo Yoga, cocinando, escribiendo, leyendo, escuchando música, pasando tiempo con los míos, viendo películas, series, comprando en el mercado, dando largos paseos y tocando la batería. Ser dueño de todo tu tiempo y hacer pan por placer, eso sí que molaría.

Por cierto, el día que me despedí de Manuel me dijo dos cosas que nunca olvidaré. La primera fue: Si yo pudiera, dejaría este trabajo como lo estás haciendo tú ahora mismo, pero ya es tarde para mí, te deseo mucha suerte, amigo. La segunda fue: Antes de irte necesito que me hagas un favor, acércame esos quince sacos de 25 kilos de harina que están en el almacén.

Gracias.

No bromeaba

Lino

Sevilla

**Josebel Esteve Caselles****HORIZONTE****AZUL**

Lara sabía que la respuesta no estaba en el horizonte, aquel amanecer de verano en el que dejaba pasar el tiempo, absorta en la perfección de la línea cobalto que significaba el fin del mundo. “Lo que no puedo ver, no existe”, se recordaba para consolarse de su pérdida.

—Lara —le decía Lucas—, no puedes seguir en el pasado. Olvidate de mí y vive. Era fácil decirlo para él, que al poco de dejarla, o tal vez solapando en el tiempo dos afectos, había rehecho su vida. La otra mujer tenía todo lo que le faltaba a ella, y eso la sumergió en arenas movedizas. Cuanto más luchaba por salir, más se hundía en el fango de la autocompasión.

Esa madrugada, de nuevo, la asfixiaban los recuerdos y tuvo que salir huyendo del hogar que crearon para pasar la vida juntos, en busca de un soplo de aire que se llevara recuerdos e imágenes hirientes que despertaban sus celos.

De pronto, como un relámpago, en un instante, un movimiento la apartó de sus lastimeros pensamientos y aceleró los latidos de su corazón, que sonaban como tambores africanos: alguien se estaba ahogando. Entre el horizonte y la orilla, unos brazos se agitaban con movimientos que le parecieron intentos por agarrarse a la tabla invisible de la vida. Sabía que no podía llegar, aun así, se lanzó al agua, después de mirar en todas direcciones. Ni un alma rondaba por el desierto del alba. Cuando llegó a donde creía que el desdichado clamaba, no le encontró. Había desaparecido bajo las aguas turbias y oscuras de las primeras horas del día.

Curiosamente, al levantar la cabeza, después de una intentona por vislumbrar algún cuerpo sumergido, se topó con un hombre que hacía lo mismo que ella. Era

extraño cómo había aparecido de la nada. ¿Dónde estaba cuando miró buscando ayuda? Tal vez en algún punto ciego de las sombras del amanecer, pensó.

Eran dos esferas en medio de una mar que empezaba a picarse, mecidas por las diminutas olas que les balanceaban en una danza absurda, singular. Se miraron. Solo sus caras, cubiertas de sal, gotas y estupor, flotaban, como separadas de sus cuerpos. No hablaron. Primero fue él quien nadó, de manera que Lara veía su nuca de pelo negro y brillante, volviéndose de vez en cuando a comprobar que ella le seguía, rodeado de plata de amanecer. No pudo alcanzarle, corrió a perderse entre las palmeras que flanqueaban la arena y la separaban del asfalto, desapareció entre la media oscuridad de un moribundo amanecer.

Lara no sabía qué hacer y no hizo nada. En un acto más de cobardía añadido a las flojas decisiones que tomó a lo largo de su vida, se fue a casa a intentar dormir.

No pudo pegar ojo entre el sudor, la culpa y el olor a sal. Al mediodía salió en busca de noticias. Las desgracias se sabían pronto en aquella pequeña comunidad que formaban los que vivían cerca del mar. Nada, no se hablaba de ningún muerto ni desaparecido.

Regresó a la playa y se sentó en el mismo cuadrado de arena de esa madrugada. No podía relajarse. Encogidas sus piernas, las rodeaba con los brazos y pensaba, ya no en Lucas ni en su traición, sino en el desdichado que dejó su vida en el mar, y en el tipo que la acompañó en el fallido rescate. No tuvo tiempo de preguntarse por donde andaría éste porque apareció a su lado y se sentó mirando al infinito, adoptó la misma postura que ella y se quedó callado, como si ese silencio fuera una cómplice plegaria por el muerto, luego, habló sin dejar de mirar al frente.

—¿Eres la de esta mañana? —dijo de forma tajante, sin siquiera presentarse o mostrar una mínima cortesía—. ¿Has dicho algo de lo ocurrido?

—No —contestó Lara de forma escueta, molesta porque no anduviera con más tacto—. Pensé que lo harías tú.

La miró por primera vez, con el ceño fruncido. —No sé qué quieres decir pero, en fin, ya da lo mismo —Me siento una cobarde. Me fui a dormir sin más.

—No importa. Ahora ya está. Y no te entiendo muy bien. ¿No estarás chiflada? —dijo estudiando su expresión—. ¿Quieres pasear? —añadió en un sorprendente cambio de registro.

Lara aceptó con la sensación de estar entrando en una jaula de grillos. Aquella primera conversación pasó de la más absurda e insensible frialdad a la calidez propia de dos compañeros que se conocen desde la infancia. El secreto que compartían sin nombrar flotaba en el aire y la hacía sentir que él era algo suyo, un amigo, un hermano, un..., no quería ni pensar en lo que su sedienta imaginación, falta de autoestima, tejía cuando la miraba con sus ojos negros, que desaparecían al sonreír entre los pliegues de sus párpados, cuando se ensanchaban sus labios para regalarle esa sonrisa joven y tierna. El tiempo transcurrió como pasan las imágenes en una cámara rápida, y se los tragó na noche.

Ese día podría haber sido un nada pero fue un todo. Recorrieron el bulevar que bordeaba la playa, bajo las farolas de luz amarillenta que proyectaban sombras en sus rostros, ocultando el chisporroteo de emoción de sus ojos por la sorpresa de la atracción surgida de la nada, del fondo marino, de la muerte y del silencio cómplice que les ataba de forma incomprensiblemente placentera. El recuerdo de sus caras flotando en el mar del desconsuelo se estaba convirtiendo en su primera y profunda mirada y en un grato y desconsiderado recuerdo.

Antes de despedirse frente a la puerta de Lara, ella pronunció su nombre por primera vez: Samuel.

—No quiero irme pero es ya muy tarde —dijo él en un susurro.

—No te vayas, Samuel. Siento que cuando te pierda de vista, todo se romperá, cambiará. La bruma desaparecerá y seremos extraños. Quédate.

Él acercó sus labios a los de Lara y apretó con fuerza, abrió su boca y la abrazó por la cintura, pegaron sus cuerpos y sus carnes se estremecieron en ese decisivo e irreal instante. Samuel subió a su cama, sudó sus sábanas, dejó su olor en la piel de ella y en su boca un delicioso gusto a mar. Al amanecer, Lara despertó sola. Estiró la mano y no encontró su carne caliente. Ya no estaba con ella.

Se sentó frente al balcón y miró el móvil. Lunes 26 de junio, 9,30h. No podía haber soñado a Samuel. ¡Era tan vívida su imagen! Poco a poco fue recordando el día anterior, las palabras, los gestos, y regresó el remordimiento. Sin embargo, aun pecando de frivolidad, debía admitir que la agobiaba más que nada el hecho de no saber de Samuel.

Esa tarde paseó por las tiendas de la playa y no pudo encontrarle, así que decidió esperarle en su cuadrado de arena frente al horizonte azul. Una hora más o menos tardó en aparecer.

—¿Me has echado de menos? —dijo sonriendo y pegando los labios a la mejilla de Lara.

— Te has ido sin despedirte. Y te he buscado. Recuerda que compartimos un secreto que nos une. No puedes escaparte de mí.

—Nunca lo haría. Por cierto, ¿qué hacías tan de madrugada en la playa, el domingo?, a parte de intentar salvar de sí mismos a hombres desdichados. —Sonó como un chiste de mal gusto a los oídos de Lara, pero decidió ignorarlo. Otras sensaciones sepultaban un defecto tan nimio.

—No podía dormir y tenía calor, Vine a pensar. Y tú, no sé de dónde saliste. Fuiste muy rápido.

—La verdad es que no te entiendo. Dices cosas muy raras. Venga, vamos a caminar. Otra noche más de cálidos abrazos y besos, aunque algo en él la hacía



sospechar que guardaba algún secreto, algún amor frustrado. Lara tenía la sensación de que una tristeza vivía en el interior de sus ojos. Esa mirada triste... ¿Qué podría ser?

Al cuarto día de verse en el mismo lugar y aproximadamente a la misma hora, ya se habían convertido en un universo completo. Sabían sus edades, y gustos, la manía de Samuel de morderse los dedos alrededor de las uñas, la de rascarse la cabeza sin motivo, la terapia anti estrés de Lara, que bailaba canciones antiguas de forma exagerada cuando estaba en casa, afición a la que se unía su madre si andaba cerca, pero Samuel seguía sin destapar su angustia, la que habitaba bajo esa piel morena y querida que a Lara le gustaba tanto besar.

La noche del quinto día, acostados al lado del balcón, por donde entraba una brisa marina que levantaba las cortinas finas de hilo blanco y les acariciaba la piel desnuda sobre el sudor del deseo, él habló.

—Nunca me has preguntado el porqué de lo que pasó la primera madrugada, la del domingo. El motivo por el que hice aquello.

—Bueno, pensé que, igual que yo, necesitabas tomar el aire fresco del amanecer y querías ver salir el sol. Fue una casualidad que los dos fuéramos testigos del suceso. Algo cambió en el ambiente en ese momento. Samuel se sentó en la cama y se vistió despacio mientras susurraba que ella había estado todo el tiempo equivocada. Lara no prestó atención, solo pensaba en retenerlo un poco más.

—¿Ya te vas? —le susurró al oído cogiendo su cintura—. Quédate a dormir.

—Esta noche no. Mi madre me espera.

—Llámala —. No quería soltarlo.

—No —dijo de forma tajante y en un tono un poco más brusco de lo necesario—. Perdóname. —Besó los labios de Lara y se fue.

No era nada en concreto y era todo en general: el sabor agridulce que se le quedó por la brusca despedida, la tristeza en los ojos de Samuel, que desaparecía en algunos

momentos y regresaba con una fuerza inquietante. Lara se puso a pensar en esa madrugada y en que la clave era algo que se le había pasado por alto. Pero ¿qué? A la mañana siguiente salió como siempre pero notó que algo se cocía en el aire. Había corrillos de gente comentando que se había encontrado a alguien en el mar. Un nudo se le instaló en el pecho y corrió a buscar a Samuel. No le encontró, no donde ella esperaba.

En la puerta de la iglesia, dos entierros anunciados agolpaban a curiosos que comentaban la desgracia: “el muchacho no pudo soportar la culpa por la muerte de su padre, en un accidente, cuando iba a buscarlo porque estaba borracho en un bar”. “La mujer, no se sabe, tal vez que el novio la dejó hace poco, pero..., ¿los dos juntos? Es muy extraño”.

A su lado, sin hacer ruido, como siempre, apareció Samuel y le cogió la mano. La miró con sus ojos tristes y dijo:

—Yo tampoco lo sabía. Perdóname. No te dejaré.

No entendía nada. Solo juntó los eslabones de aquella cadena cuando se acercó a mirar las dos esquelas entre tanta gente que no la veía ni la oía: una para Samuel, otra para Lara, los dos ahogados la madrugada del 25 de junio.

—Es hora de irnos, Lara.

Y desaparecieron de la fina entretela por la que habían navegado durante días, de la mano y juntando pasos hasta llegar a un destino incierto de nieblas y brumas, al otro lado del túnel opaco de la ultratumba.



## Alacranes en el álbum familiar

Soy una madre simplona a medio tiempo  
en una casa que tiembla en mis manos  
cristal resonante

espantasueños al viento  
en los dinteles

mi madre y mi abuela me buscan un  
padre entre los huesos apilados de mis  
amantes prenden la hoguera pico cebolla  
los objetos que puse en mi departamento  
brillan como hijos recién caídos en mis  
brazos

los hombres de mi familia son recuerdo  
torcido susurro en el pecho pedregoso

Traigo centenares de cuencos a cuestras  
roídos por nonatos con cara de rata  
El cuenco de la abuela  
refracta cuerpos blandos en placentas de  
vinagre

Los trastornos son cosa burguesa dice  
Amanda  
nosotras solo somos baba animal y la lengua  
que la devuelve a la boca

Las niñas bien cuidadas tienen sacapuntas  
de conejitos  
las madres ejemplares planchan vestidos y  
hacen coletas perfectas mi madre y yo  
observamos las piedras desnudas de  
nuestros cuerpos  
alimentamos demonios de sangre

El abuelo camina por los pasillos tiene la  
boca descosida guarda en su caja de  
madera una perra de tetas peludas que  
camina en círculos con el sexo calcinado

el abuelo es un monje oscuro buscando salir  
del samsara puñado de tierra en la

garganta color de atardecer en las  
comisuras.  
Raíz abisal en la vereda del cuerpo



## Nataly Noboa

Quito, Ecuador

Visite la web del  
editor  
[Escritordaniel.es](http://Escritordaniel.es)

# Ambas gatas

Fernando Bustos Odzomek

Volvía a Buenos Aires después de varios años de haberme radicado en la provincia de mis suegros. En verdad, ya estaba integrado. Había construido casa en un lote suburbano en la periferia de la capital, en un terreno destinado inicialmente a ser una vivienda de fin de semana de la pareja de jubilados, que finalmente terminó siendo parcelado para distribuir entre sus hijos. Es decir, construí nuestra casa al lado de las de mis cuñados. Y desde que estuvo en condiciones de habitarla, dejé de viajar con asiduidad. Mientras tanto, cada tanto, volvía a Buenos Aires, a buscar algunas cosas que guardaba en casa de mis viejos, cada vez que vencía el contrato de alquiler y cambiábamos de ciudad o hasta incluso de provincia, siempre cerca de las universidades de Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Hacía ya quince años que me fui. Pero siempre, una o dos veces por año, visitaba a mis viejos y mis amigos. En los últimos se tornó más difícil socializar porque dejé de trasladarme en familia. Los chicos estaban creciendo y tenían sus agendas propias. Y yo, reduje al mínimo mis viajes, siempre relacionados a cuestiones académicas. Congresos, trámites, publicaciones, firmas contractuales. Y era en esas visitas relámpagos que aprovechaba para reunirme y ponerme al día con los afectos.

No era malo. Como decía Borges: "La amistad no necesita frecuencia. El amor sí. Pero la amistad, y sobre todo la amistad de hermanos, no. Puede prescindir de la frecuencia o de la frecuentación. En cambio el amor, no. El amor está lleno de ansiedades, de dudas. Un día de ausencia puede ser terrible". En ese entonces ya había maneras de mantener contacto a través de los dispositivos electrónicos, haciéndole trampa a las distancias, pero no le sacábamos provecho. Los hombres somos así, de pocas palabras. Hablamos mucho de trabajo, trabajamos a distancia mejor que en persona, y estamos al tanto de todos los detalles, siempre en cuanto se trate de cuestiones profesionales. Jamás le sacamos provecho a esas herramientas, como las mujeres, para estar al tanto diario de las cosas domésticas. De modo que podemos estar actualizados sobre asuntos laborales entre personas territorialmente distantes y desconocer lo que le sucede o esté viviendo un amigo, a la vuelta de casa.

Pero no nos importa. Porque viva a la vuelta o en otra provincia, no nos detenemos en la agenda, en el detalle. Vamos al punto, cada tanto, al resultado, sin detenernos en el cómo, el durante. El detalle es secundario, accesorio, circunstancial, anecdótico. Nos basta con el encuentro físico, esporádico, cada tanto. Un abrazo resume la ausencia prolongada y pocas palabras nos ponen al día. Es suficiente para nosotros.

De modo que allí estaba, una tarde, a media semana, entre un seminario de capacitación y la cena con mis viejos. Para ahorrar tiempo, en el bar del mismo hotel donde se hacía la convención. Nos abrazamos con Carlos, luego de cruzar miradas de actualización de rostros. Estábamos más viejos. Fueron cinco años desde la última vez. Ambos teníamos prominentes canas, yo en mi cabellera y él en su barba. Resignados indicios de la edad que en otros momentos solíamos disimular.

-¿Cómo están tus cosas?- Le pregunte. -¿Cómo está Mariana?- quería decir, sin abrir juicio de valor sobre su relación.

-Bien. Tratando de abrirme espacio en el ambiente.- Me respondió esquivando mi tanteo personal, llevando la conversación hacia las cuestiones laborales. Eso quería decir que no le pregunte sobre éxitos y logros. Claro que yo sabía, lo supe siempre, que un idealista transita el camino más sinuoso. Y un soltero tiene más opciones para sostener su idealismo que un padre de dos criaturas. Por eso mi pregunta había intentado ir al grano. ¿Volvio a estar soltero?

- ¿Te aprobaron el proyecto?- Intenté con otra pregunta no invasiva.

- Sí. Pero se está demorando la implementación por problemas de financiamiento. No van a bajar la guita hasta tanto no se resuelvan cuestiones políticas que no tienen nada que ver con nosotros. En verdad que eso complica las cosas, justo en un momento que no estoy como para soportar presiones.

-¿Que presiones? ¿Te quieren involucrar en una interna?

-No, nada que ver. Ni si quiera estoy al tanto de que se trata. Y no me meto. Cuanto más alejado este, mejor. No quiero ni indagar. Solo espero al margen. Digo que no estoy de animó como para entrar en el juego de las manipulaciones y dejarme llevar por las demandas y las exigencias de Mariana. Ya transité por ese camino y perdí laburos por ponerme en exigente en las demandas que ella me empujaba a hacer.

-¿Cómo esta Mariana?- Le pregunté. -¿Volviste con Mariana?- Quise decir.

-Como siempre. Ella está como siempre. Vive en un loop.

No me animé a seguir preguntando. Era momento de dejar que se explaye y seguir la conversación hacia donde él quisiera llevarla. Y luego armar el rompecabezas.

-La última vez que nos separamos se fue a vivir con un tipo quince años más grande. Imaginate, si me lleva nueve, y el quince, quiere decir que es veinticuatro años más grande que yo. Un viejo choto. No me molesta, eh. No me toca la autoestima. En ese mismo momento supe que fue cuestión de guita. O aspiracional, de estatus. El tipo es réferi de polo, o árbitro, o como mierda se llame al que dirige los partidos.

No quise interrumpirlo. Se estaba embalando, y cualquier comentario o pregunta que pudiese hacerle podría ser imprudente. Abrir un juicio de valor, aunque fuese empático, podría interpretarlo como si lo estuviese juzgando a él. Seguí callado, escuchando.

-Tapar la crisis conmigo, con un tipo tan distante a lo que soy yo, es, sin lugar a dudas, un escape de sus propios problemas de autoestima y frustración. IncurSIONAR en el ambiente del polo, a través de una pareja es una reacción a sus propios demonios y contradicciones. Yo lo vi como un alivio para mí, y un futuro problema para ella. Porque una cosa es aceptar las propias contradicciones y convivir con ellas, y otra cosa es convivir forzada con las contradicciones, negándolas. Haciéndote la boluda. Abriendo dos Facebook, para llevar una vida desdoblada, donde cada perfil se avergüenza del otro.

-Claro-. Atiné a decir, sin agregar nada más, condescendentemente.

-Y al final tuve razón, como siempre.

-¿En qué?

-En que se llevaban bien porque no tenían que convivir. El tipo vivía en Buenos Aires en temporada de Polo local y se iba a Texas cuando acá era invierno, a entrenar jugadores y cuidar caballos. De vez en cuando dirigía partidos en ranchos privados. Pero más allá de su labor, de las tareas que un argentino hace fuera del país pero que acá rechaza por sentido de humillación, dólares son dólares. Para él, y para ella también. Un poco la fanfarronería y la estupidez de creerse parte por estar en pareja con un polista o un tipo que trabaja afuera y cobra en dólares; y otro poco por la libertad de no convivir medio año pero disfrutar de las remesas disfrazadas de gastos de administración de los bienes del tipo, le daban a ella la sensación de ganarse el lugar y el modo de vida que llevaba. Pero como los fármacos sostenidos en el tiempo, esos factores van perdiendo efecto en la continuidad. Entonces, cuando llegó el momento del regreso, este último año, ante la situación inminente de volver a convivir con el tipo que ya no se preocupaba en esconder los favores que hacía en el norte y sus intentos por posicionarse con mujeres adineradas, y sus cada vez más reclamos a cerca del dinero que le daba a Mariana, comenzó a tener ataques de ansiedad.

-y vos ¿Cómo sabías todo eso?

- Cuando él estaba en el exterior, ella me hablaba casi todos los días. Yo ya conocía esa treta. Ella siempre habló con sus ex parejas a escondidas de sus parejas actuales. Ella siempre me dijo que convivían pero que no eran pareja. Nunca tuve ganas de confrontarla ni tratarla de mentirosa. Si ella quería afirmar eso, a mí no me importaba, porque estaba claro que el pasado no lo podía borrar, y por lo tanto indagar no me servía de nada. El presente me resultaba ajeno y el futuro también.

-Y entonces ¿Porque hablas de presiones?- Pregunté mirando disimuladamente el reloj. Quería evitar que se fuera por las ramas. Ya se había ido. Intenté que volviese y redondee. Al final ¿Volvió o no volvió con Mariana? Me preguntaba.

- Presiones porque en un momento nos volvimos a acercar.

-¿Qué pasó?

-Un mes antes del regreso del viejo comenzó a tener ataques de ansiedad. En realidad, estimo que antes aún, cuando los giros empezaron a ser más espaciados y tuvo que achicar sus gastos. Un día a la madrugada me llaman de la guardia del Pirovano para preguntarme si era pariente de ella. Ese fin de semana me instale en el departamento para cuidarla. Ya hacía dos años que no la veía, y el reencuentro, otra vez, fue en un hospital. Pero no me importó. Esa situación de mierda, removiendo emociones, fue opacada ante el reencuentro con mi gata, secuestrada en el peor momento que me tocó vivir en los últimos veinte años, cuando se juntaron todas las crisis inimaginables. Salud, trabajo, la primera separación y la necesidad de mudarme a una casa en mal estado, lejos de todo, y quedarme de golpe, solo. Ver de nuevo a Cleopatra, tomarnos el tiempo de reconocernos, pasearla sobre mis hombros como cuando era cachorra, dejar que impregnara mis olores en su cuerpo y sus pelos en mi ropa, fue determinante para hacer de lado mis dudas sobre qué estaba haciendo ahí. -A los afectos no se renuncia.- me dije. -El amor es voluntad, aunque lo transformemos en otras variantes. - Me justifique. Y fue entonces que comenzó a darme vueltas por la cabeza una idea. Nunca me importaron los cuernos, porque siempre sostuve que el daño de una infidelidad se infringe hacia uno mismo, y el otro es, simplemente una víctima de una consecuencia colateral. Nunca se traiciona a la pareja, sino a uno mismo. Lo demás, lo social y lo relacional son síntomas. Pero, sin negar ni minimizar las consecuencias sociales de la humillación, no porque lastime la autoestima sino porque infringe consecuencias de juicio ajeno, comencé a imaginar una venganza poética. Consumar un encuentro con Mariana, dos años después, en el departamento del viejo choto. En su propio colchón. Y fue así nomás. Frente a Cleopatra, que seguramente imaginaba una reconciliación de sus padres. No fue mi intención darle falsas esperanzas a mi gata. Seguramente ella advirtió que fue solo sexo, que no hubo de mi parte nostalgia de tiempos mejores, ni anhelos por tiempos futuros. En el fondo, lo que yo deseaba era que le cuente a su padrastro lo sucedido en su ausencia. En el fondo sabía que Mariana sería quién le eche en cara mi presencia en su colchón, ante el primer desencuentro a su regreso. Pero a medida que transcurrieron las semanas, su necesidad de encontrar una salida se convirtieron en somatizaciones y su ansiedad se agravó a tal punto de llevarme a una situación de deber resolver la urgencia.

Imaginé que estaba a punto de confesarme que se volvieron a reconciliar. O mejor dicho, a convivir. A punto de justificarme el motivo por el cual volvió a llevar a Mariana a su casa, pero no. Me dijo:

-En esos días ella me blanqueó su idea de volver a intentarlo. Yo no estaba convencido, pero por su estado de vulnerabilidad y la urgencia, estaba dispuesto a seguirle el juego y contenerla emocionalmente. Pero ella dio por sentado el vínculo restaurado, inmediatamente al instalarme en el departamento esos últimos días antes de su regreso. Y fue entonces cuando comenzó, otra vez, a opinar sobre mi trabajo, sobre las decisiones que tomaba ante las adversidades y en como yo aceptaba situaciones, que según ella, eran humillantes. El anteúltimo fin de semana, antes del regreso del viejo, decidí acortar mi estadía en el departamento y volver a mi casa, la que estaba cuidando, para atender mis asuntos. Como te dije, vivía solo, y lejos de todo. Pero lo que no te conté, amigo mio, es que desde que ella me dejó, esa soledad se volvió angustiante. Fue muy pesada, por muchos días, hasta que

un milagro ocurrió. Una tarde apareció en la ventana de la casa del vecino una cachorrita con sangre en el hocico. La llevé a casa, la limpie y desinfecte. No tenía rastros de lastimaduras profundas, pero se, por gatuno nomás, que esa es zona, como las orejas, de mucho sangrado. Así que no me preocupe tanto por las lastimaduras físicas, más que por las emocionales. Evidentemente tenía mucho miedo y estaba perdida. Intuí que huyó de un perro. Era tan pequeña que no tenía la habilidad de saltar de mi cama al suelo. Se impregnó de mis olores y cuando dominó el arte de trepar, a pesar del patio abierto, decidió quedarse en casa. La llamé felina. Puso punto final a mi angustia. La acompañe en su desarrollo de la misma manera que lo hice con Cleopatra. Desde entonces dejé de extrañar a Mariana, o mejor dicho, del recuerdo que tenía de Mariana. Desde la última separación supe que no quería volver con ella, y que estaba mejor solo que en su compañía, pero aún seguía anhelando la fantasía, recordando aquellos momentos de cuando creíamos que estábamos bien. La cuestión es que ella decidió acompañarme ese fin de semana y venir a casa. Yo no podía dejar a Felina más tiempo sola. Y Mariana podía dejar a Cleopatra un par de días en el departamento. De modo que volvió, luego de dos años de no pisar el barrio. Se instaló por tres días y removió muchos recuerdos. Conoció a mi gata naranja. Se aceptaron mutuamente, y se dieron tiempo para construir un vínculo. Volvió al departamento, después de acordar la mudanza a casa, para preparar su salida. Tener la charla adecuada con el viejo, entregarle la llave y despedirse en buenos términos. Embaló sus cosas, averiguó sobre costos de mudanzas, y dos días antes del regreso del hombre me llamó por teléfono y me dio un sorpresivo ultimátum. Me dijo que Cleopatra no estaba acostumbrada a convivir con otros animales, que ya había tenido una experiencia con una pug, que a pesar de ser una raza cariñosa, Cleopatra no la había aceptado, y que como era su hija, yo debía elegir entre ella y Felina. Quedé helado ante la exigencia. No supe que responder. Claro que tenía mi decisión tomada, automáticamente, pero no supe cómo reaccionar para comunicarla. Para salirnos de la encrucijada y hacerle entender que ese no era el camino. Y recordé las palabras de un político: "Con todos adentro". Y ante la intransigencia corté abruptamente la llamada. Desde entonces, no volvimos a hablarnos.

Ya se había hecho tarde. Mis padres esperaban que nos juntemos a cenar y yo debía volver al día siguiente a mi hogar, reencontrarme con mi esposa, mis hijos y mi perro. Ya han pasado cinco años de aquel viaje. Estoy volviendo a Buenos Aires y voy a encontrarme con Carlos, a quién no veo desde entonces. Estuvimos conversando por WhatsApp, poniéndonos al día, y me contó que de vez en cuando habla con Mariana, que convive con otro viejo, pero que no están en pareja, dice ella, y él no le cree, pero tampoco la confronta... Pero que desde aquel fin de semana, en la casa en la que ya no vive, no la vio más. Entonces, recordé aquella conversación en el bar del hotel, cuando me dijo que a los afectos no se renuncia.

Inspirado en el cuento: *El gato*, de Juan Carlos Onetti.





# No los mires a los ojos

A las siete en punto de la noche, estaba sentada frente al ordenador de luz amarilla que golpeaba mi piel haciéndola parecer tiza, como si no escaseara ya la vida en las paredes blancas de los consultorios de urgencias al sur de la ciudad.

*“Que sea tranquila, por favor”*

En el retorcido mundo de los médicos, hay reglas no escritas de las que nadie habla, porque se aprenden en silencio. Una de ellas, es no pedir por una noche tranquila, al menos en voz alta.

Por eso, solo lo pensaba en la quietud de mi cabeza embotada por el cansancio. Nadie me escucharía pronunciar palabra, pero rogaba a todos los dioses que podía recordar, para que ese viernes fuera el más desanimado que aquel hospital de antaño jamás hubiera visto.

*Ahora un consejo, y es que tampoco lo piensen, que ni se les ocurra siquiera imaginar la tranquilidad. Anótalo en tu lista de instrucciones no dichas.*

A eso de las doce en punto, cuando parpadear es tentar al desmayo y se abren las ventanas para que el frío te de bofetadas, un movimiento extraño frente a mi consultorio me revolvió las tripas.

La suela de una bota negra le dió un golpe seco a la puerta de vidrio de la entrada principal, que obedeció de inmediato, abriéndose en dos como un par de alas livianas. Debían pesar casi una tonelada, pero acababan de batirse con la elegancia de un abanico en la mano de una mujer refinada.

*“Algo anda mal”*

Ese instinto animal, del que se experimenta en las pesadillas, me subió desde la punta de los dedos hasta la espina, atacando mi cuerpo desde adentro, donde la adrenalina se arremolinaba en mi garganta seca y mis manos temblorosas.

*Otra cosa, y esta es importante. Que no te sorprenda la sorpresa. Cuando te dicen que hay situaciones para las que nunca vas a estar listo, es porque la mente humana es capaz de soportar hasta cierto nivel de pánico, de miedo.*

Por el pasillo, que un par de minutos atrás estaba atiborrado de personas, entraba un grupo de policías sosteniendo entre ellos el cuerpo endeble de un hombre.

Los agentes tendrían treinta años como mínimo, y me miraban a mí, casi una adolescente, a mi parecer solo una niña. Estática, junto a mis colegas que entre sus rostros y la fea pintura lechosa de los muros, competían en un concurso de palidez terriblemente reñido.

*Esta es de mis favoritas, porque no tiene una pizca de sentido. El tiempo en los hospitales, especialmente en las salas de urgencias y los quirófanos, es el concepto más desestimable de tu realidad.*

*¿De pie hace unas doce horas?*

*Claro, pero ni una pizca de hambre. Por favor, que estás sosteniendo el fémur de un ciclista con una fractura abierta.*

*¿Final del turno en la madrugada?*

*Ni siquiera las cuatro partes de una saga aburridísima de vampiros durarán tanto.*

En dos parpadeos y apenas media respiración, el hombre joven estaba desplomado en la camilla, y las enfermeras, con las agallas de una tropa completa de soldados en territorio enemigo, rasgaban su ropa como si estuviera hecha de papel mojado.

*“Mierda”*

Y eso sí lo dije en voz alta. No tenías que ser un genio para hacer un diagnóstico, con un par de ojos funcionales bastaba para que la imagen te escupiera en la cara.

*Verás el infierno en vida.*

En el lado lateral del cuello, junto a donde descansa la tiroides, una incisión de poco más de tres centímetros había perforado la membrana de una arteria. La sangre volaba desde el agujero al son del pulso cada vez más lento del hombre, y como una jauría de lobos hambrientos, todos saltamos hacia él.

Dos en la cabeza, trabajando con la vía aérea y la fuga, que empezaba a salpicar por todas partes, haciendo que caminar se convirtiera en una tarea espeluznante por la viscosidad de los coágulos en nuestras suelas. Incluso las paredes vibraban ahora que se moteaban de carmesí.

Uno junto a los medicamentos, inyectándolos directamente a la vena. Leía no más de dos letras en la etiqueta de las ampollas, confiando en la precisión de las gafas salpicadas de la enfermera que lo asistía. Luego... luego estaba yo.

*Venga, esta será una buena. Así sientas que tiene más sentido el arte invisible a precio de lingotes, tu presencia puede llegar a ser tan importante como la del especialista con el bisturí, creeme.*

La camilla me llegaba hasta donde terminan las costillas, y tenía ambas manos enguantadas. Una de ellas, aferrada al retumbar del corazón del hombre al lado intacto de su cuello, mientras que la otra verificaba que efectivamente le entraba aire a los pulmones desde la bolsa, sintiendo el vaivén de su pecho desnudo. "¡Si nos quedamos sin signos, empezas a comprimir" Y nos íbamos a quedar sin signos, era cuestión de tiempo.

*El maldito y desconfiable tiempo.*

El puñal no solo le había atravesado la carótida, sino que la punta afilada alcanzó a rozar la delgada lámina entre los anillos de su tráquea, haciendo que el aire se le escapara antes de que pudiera llegarle a los bronquios. "¡Avisen al cirujano!" Esos son todos mujeriegos, pero esa es lección de otro día.

El empujón de su arteria sana contra mis dedos, no era más que un toque suave. El monitor lo confirmaba, al igual que los gritos desconsolados hasta ahora inaudibles de alguien que lo llamaba por nombre y apellido desde fuera. Estaba muriendo frente a mí, frente a todos nosotros.

*No eres valiente, solamente resistes. Pero, sí eres valiente.*

Dejando que la bomba de emociones se apagara bajo mis instintos, me subí firmemente a una escalinata y estiré los brazos, juntando mis dos manos para que ocuparan el espacio de una.



Recordaba la teoría a la perfección, había practicado miles de veces bombeando sangre de polvo en el cuerpo de un muñeco de plástico que solamente era el torso.

Entre cien y ciento veinte compresiones por minuto, ciclos de dos minutos, permitiendo la expansión del tórax, con una profundidad de cinco centímetros y una pausa cada treinta compresiones para insuflar dos veces la mascarilla. Sin embargo, una vez empiezas a sentir que efectivamente el hueso se quiebra, y las costillas son hueso, que la goma y la carne no se sienten igual, y que la piel no se enfría hasta un par de horas después de muerto... Podrías estar toda la vida resucitando maniqués, pero no es hasta que dejas caer todo tu peso con violencia sobre el esternón de un ser humano, que lo entiendes.

*Y allí voy con todo esto.*

*El que dijo que las ventanas del alma son los ojos, tuvo que ser médico, un médico viendo al rostro de a quien se le escapaba la vida. Por eso, el mejor consejo que me deja la noche que quería que fuese "tranquila", en el hospital más "blanco" de Bogotá, es ese.*

*Cuando estés usando toda tu energía, para darle un empujón al corazón apagado de una persona mientras el tuyo te martillea en la cabeza, no lo mires a los ojos.*

*La casa vacía del espíritu ahora rondando hacia el siguiente paso, es seguramente la escena más desoladora e impactante con la que te vayas a cruzar. Seguro la violencia del momento no te deje procesarlo, pero verás esos ojos vacíos, como dos cuencos de madera vieja, hasta al dormir despierto.*

*Así que por favor, por favor. No los mires a los ojos.*

Laura Bárcenas



# SYLVIE MON AMOUR

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto. Beber de aquel vaso era un acto de insalubridad, de irresponsabilidad sanitaria. Aquel lugar era un vertedero y el hombre que tenía en frente parecía el mismísimo Diógenes. Igual exagero, pero decir que aquello era una oficina de investigación era decir demasiado, parecía más bien un trastero infestado de cacharros y archivos. Pero era lo único que podía pagar.

Era bella y delicada pero pobre. Era Sylvie, la viuda, y necesitaba respuestas. De no ser por eso ya habría salido corriendo de allí. Necesitaba saber qué le ocurrió a su marido, la versión oficial no le resultaba convincente. Él nunca hubiera hecho todo lo que dicen que hizo.

Le entregó con sus tiernas manos una nota que él cogió con las suyas más rudas. En aquel acto le estaba entregando sin saberlo su vida. La leyó por encima. Unas pocas líneas donde confesaba un sinfín de fechorías, deudas y negocios turbios. Así de golpe y porrazo y sin beso de despedida, con un tiro en la sien como final.

Las lágrimas ensuciaban su angelical rostro, aunque quisiera limpiarlas. El hombre trataba de consolarla con sus mejores palabras, una serie de típicas frases hechas que de tanto pronunciar habían acabado perdiendo su valor. Le dijo que iniciaría una investigación, pero sin saber el tiempo que le llevaría, le dijo que de seguro necesitaría volver a verla para hacerle más preguntas. Las veces que haga falta- le respondió-. Acompañó a la mujer hasta la puerta educado, galante, cortés. Tras apenas una hora en aquel habitáculo Sylvie había mejorado su opinión con respecto a ese hombre, ahora parecía más profesional, menos desaliñado. Le extendió la mano que él besó dulcemente y le dijo con certeza que todo saldría bien. Y le saldrá bien. Porque se trata de un hombre hábil y astuto y porque yo como narrador decido que así sea.

Tras cerrar la puerta volvió a la mesa y extrajo del tercer cajón su maletín secreto. Sacó sus fotos y las volvió a mirar, no quería olvidar su rostro. Soñaba con el día en que pudiera acariciarlo. No te preocupes Sylvie mi amor, pronto estaremos juntos- comenzó a escribir en su diario-. La investigación se demorará ligeramente para darle una pizca de dramatismo y para que te enamores de mí. Lo tengo todo hilado, un hombre sabe lo que tiene que hacer para conseguir lo que quiere. Me fijé en ti y en tu estúpido marido, el tipo perfecto para colgarle todas mis fechorías. En esa nota de suicidio que le obligué a escribir lo explicaba todo. Poca previsión la de fusilarme sin salpicar, decía. Bonita última frase, una de mis favoritas. Quizá

porque la inventé yo.

Tened por seguro a quienes quiera que leáis esto que algún día Antonio Morán se meterá en la cama tras besar a Sylvie en los labios.

**Esther Blanco Rodríguez**

## La búsqueda

Se extravían los pensamientos  
 en el tintineo de la cuchara  
 danzando en el café.  
 Entre cicatrices se confunden  
 las fronteras de los recuerdos.  
 Ya no concibe, la consciencia,  
 alocados y arrolladores sueños,  
 ni sortea la ola impetuosa  
 antes de que estalle.  
 Amarrados a sinsabores y añoranzas  
 cabalgan los ojos en busca  
 de un fecundo vergel que los contenga.  
 Pero, sólo un desierto temerario  
 se conduele y, en su desmesura,  
 les ofrece el viento...

Zulma Martínez.

## Hielo en mi interior

Yanet Almagro Carrera

Cuba

Le coquetea y provoca hasta lograr que agarre su cintura. Lo enloquece con el roce de su espalda. Absorbe el calor que desprende cuando sus manos la acarician. Con esa chispa de pasión los movimientos se hacen más atrevidos, disfruta la caricia a sus nalgas y su excitación es un fuego discreto en las zonas íntimas. Se coloca en esa posición que le permite ser penetrada hasta que despierta con gritos de dolor. Las llamas de amor convertidas en vapor caliente queman sus pies. En las paredes todos los cuadros y adornos se rinden ante el dominio del fuego.

No ven a nadie por el humo que los envuelve. El intenta hablar pero las palabras salen entrecortadas por la tos. Ella adivina lo que quiere decirle por eso agradece que esté a su lado y no sea una fantasía más. Lo abraza en espera de la muerte. Él la aparta bruscamente para decirle algo, tal vez eso que desde hace años quiere volver a escuchar, las palabras que quizás dejen de ser un sueño para hacerse realidad.. Grita cerrando los ojos para suprimir un grito de dolor cuando el vapor quema su piel, los abre buscando a su amor entre el humo sin encontrarlo, luego lo escucha gritar su nombre desde la puerta mientras a ella la rodea el fuego. Siente el hielo en su interior y no sabe si es por desilusión o el Co2 del extintor que la cubre.

## Luciérnaga danzante

Cual luciérnaga danzante  
 te avecinas con una sonrisa.  
 Me miras y me tocas con tu voz susurrante.  
 Traes el pecho semi descubierto  
 en pleno renacimiento  
 pero, al contemplarte  
 me recorre un escalofrío  
 y opto por apartarme.  
 Tu me miras con el ceño fruncido,  
 yo con una sonrisa, me despido.

Aquel galope enloquecido  
 no me ha dejado escucharte.  
 Me percató de ello,  
 al sentir tus brazos tibios,  
 sobre mi cuerpo frío.

Me detengo y giro.  
 Tu cara esta sonrojada  
 Pero, tu voz se oye firme.  
 “Quédate” me pides  
 y, luego murmuras algo  
 pero tu voz te ha abandonado,  
 ha partido junto con mi juicio.

Juliana E. Calle, Perú

**La Galería Sara Pierallini , Barcelona**



**EL cielo no está arriba**



## Cambio climático

**Sara Pierallini** es estudiante de doctorado en Ciudadanía y Derechos Humanos en la Universidad de Barcelona. Colabora con la revista internacional de filosofía "Astrolabio" de la misma universidad con la que ha publicado varios artículos sobre el tema de las utopías cotidianas, las resistencias y la marginalidad. Su trabajo e intereses están relacionados con su activismo político feminista en la ciudad de Barcelona donde reside actualmente. En 2020, en colaboración con la compañía de danza "iniciativa sexual femenina", se inaugura una exposición fotográfica inspirada en el n.1 de la revista DWF "Este sexo que no es un sexo" que nombró "¿Sexo libre o libertad de deseo?" dentro del proyecto artístico "Bailar coño". La exposición tuvo como sede el centro de danza contemporánea "La Caldera de Barcelona" durante la "quinzena de danza metropolitana". En 2018 colaboró con el museo de arte contemporánea de Roma en la publicación de una revista "Dopo Hegel su cosa sputiamo" en la que se publicó uno de sus poemas, titulado "Diálogo con me stess@".

## Yo fui malabarista

Por Jaime Rodríguez Maté

Yo fui malabarista durante años.

Y para ganarme el pan cotidiano  
iba a malabarear con mis manos  
de niño rico a la calle. Caños

humanos conocí. En el subterráneo  
palacio la corte de los adictos  
desfila bailando como invictos  
aristócratas. La urbe es un cráneo

roto donde las larvas campan, santas,  
inocentes, de gratis, a sus anchas.  
Sucias charcas de dolor, negras manchas

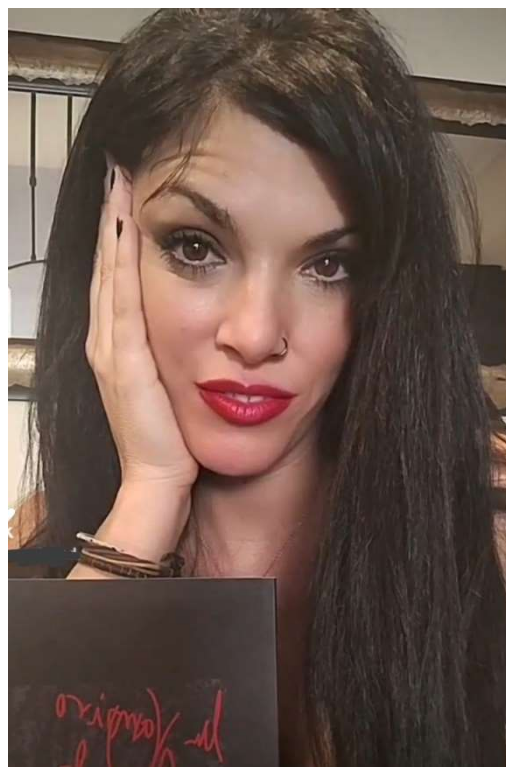
de odio envuelven las fachadas, y tantas  
ventanas observan el furor mudas.  
Sí, tú también deseas el caos, no hay duda.

## LO QUE NO TE DIJE

La traición se teje de sabor amargo y ácido como una arruga espontánea que se ensarta en el rostro cuando entra en contacto con el paladar. Bien lo sé yo... Pero tropezó con mi orgullo, como una gigantesca roca colosal que no se erosiona, ni araña, con intrépidas embestidas...Inamovible e inquebrantable.

Bien lo sabes tú... Puedes caminar tan lejos como te lleven las piernas, ya cansadas del serpenteante sendero, y no haber avanzado ni un paso. Pero no puedo, ni voy a admitir que no sé evitar mirar hacia atrás, quizás con rabia, quizás con nostalgia o a lo mejor con tristeza. Si encontrase la paz no sé qué forma tendría, y cuando pregunto me contestan que es el perdón quien te redime... ¿Pero qué mágico pegamento podría recomponer infinidad de cristales hechos añicos de un corazón malherido?

Mas aún, queridos amigos, todavía albergo esperanza para mí... Pues poseo un dorado secreto que deseo revelaros, he descubierto que con el paso del tiempo el dolor se atenúa, y eso me alienta a proseguir avanzando sin retroceder... Con el vívido anhelo de olvidar y quién sabe si quizás el destino guardará un oasis al final...

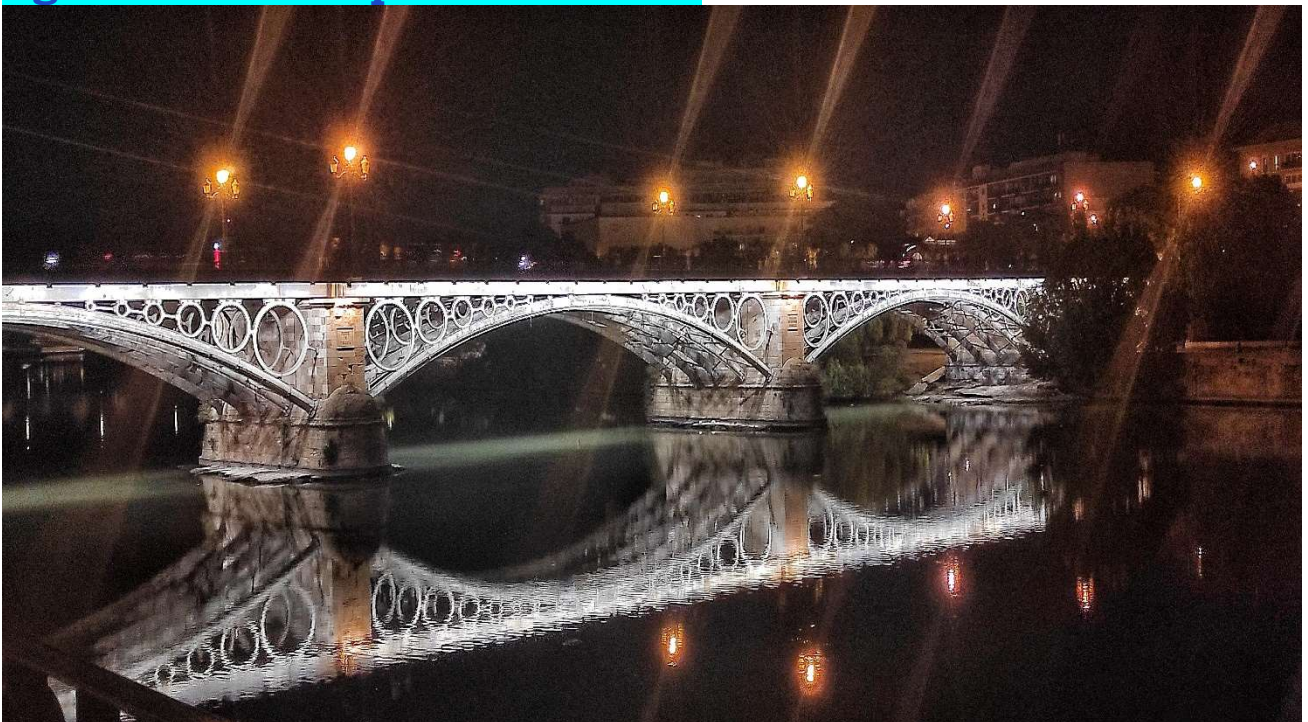


Sara Serrano Ciudad

## DONDE NO CABE LA NOCHE

La gente se apelonona en la barra alborozada y el patuco de un bebé cae al suelo. Un abuelo con bastón se agacha para cogerlo y en ese momento es padre y es joven y ama la vida. La madre del pequeño pide al padre unos calamares en su tinta con cerveza sin alcohol. El niño llora y ella lo coge y lo pone de pie sobre la mesa y es feliz haciéndole carantoñas. Las muchachas de otras mesas sonríen y una de ellas se toca la tripa. Otra mira a su novio con ternura. Suenan cristales rotos de una bandeja que cae al suelo. No muere nadie. Las bromas siguen y los abrazos y las vidas desempolvadas que salieron a la calle tras un largo invierno. El azul oscuro de la noche compete con los fogones de leña, con el brillo de las lámparas y las lentejuelas. Un hijo mayor se levanta para ir al baño y desde allí manda un mensaje a su nueva compañera de clase. Tienen que crear una historia juntos; comenzarán en veinte minutos, allí, donde no cabe la noche.

Agueda Gema Espina Zambrano



Reflejos Cóncavos A:G:E:Z:

## TRES POEMAS

### Luis Ignacio Marín

¡Tienen los transeúntes  
tanta impaciencia...!  
Sus torpes prisas  
son una dura prueba  
para mis vacilantes pasos...  
Me pierdo en la densa humareda.  
¿Quién me tiende su mano  
para alcanzar la otra orilla?

Curtidas por el viento,  
al paso de los años,  
mis gestos cuidan  
sus maneras.

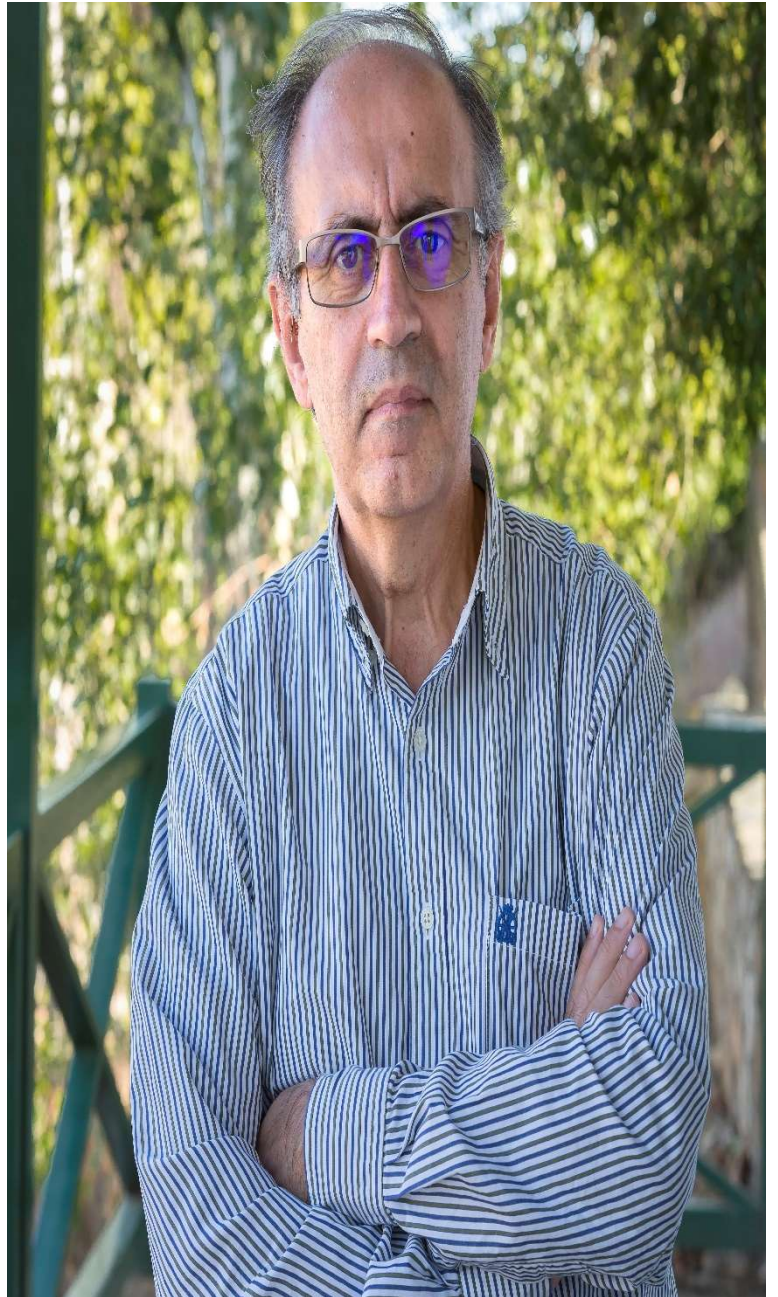
El tiempo hizo  
más reflexivas mis palabras,  
más puros mis sentimientos.

Amainó el estruendo  
de la vida, el duro sol  
amansó a la fiera.

Los ecos de un paraíso,  
el grito de una ciudad,  
el silencio de los campos,  
un chirriar de cadenas.

La crisis de la electrónica,  
el cenit de mi consciencia,  
las tinieblas de lo incierto,  
un imposible, un sin rumbo...

Los trinos del sinsentido,  
el ulular de la ciencia,  
el sinvivir de un poema,  
rozar las alas de un ángel,  
ir aprendiendo de la vida.



# Remolinos

Los remolinos azules  
están contentos  
de ser comprados  
por leer un cuento.  
Si no fuera por la literatura  
los remolinos no existirían  
como tampoco las hadas madrinas  
ni la magia divina.

Si tuviera que elegir entre dioses y  
remolinos,  
me quedo sin duda con los remolinos,  
porque entre tanta vergüenza y culpa  
cancelamos nuestros destinos.  
Pero remolinos y dioses son  
inseparables  
así que mejor renunciar a la literatura,  
aunque sea irreparable,  
que vivir con este lastre.

# Viviendo el sueño

Te cambias a un departamento grande  
y ahora tienes que hacer más aseo.  
Las cuentas suben y suben.  
El departamento es insuficiente  
a pesar de tus deseos.  
El país es una jaula  
y viajas dos veces al año de  
vacaciones.

Sin darte cuenta,  
aunque en verdad sí lo haces,  
la existencia es frustraciones.  
Cuando sales en auto al trabajo  
las personas que piden limosna  
interrumpen tus canciones.  
Subes el vidrio para que no te asalten  
y continúas con tus ilusiones.

# Trinar de gorrión

Raíces de futuros gorriónes,  
enmarañados en el tiempo,  
que tu futura existencia  
no te llene de tormentos.  
Girasoles quemados, agua evaporada.  
Dónde está el paraíso  
en esta aventura extraña.  
Historietas sin leer, juegos sin jugar.

Pan por vencer,  
harina en el basural.

Guerras inexplicables sacuden el  
mañana,  
como siempre ha sucedido  
en la historia humana.

## Andrés Riquelme Peña





# El hombre

## Luis Nicolás Pietanza

Sólo trato de describir esas enormes emociones que parecen no admitir descripción. Y la más enérgica de todas consiste en que la vida es tan preciosa como enigmática; en que es un éxtasis, por lo mismo que es una aventura; y en que es una aventura, porque toda ella es una oportunidad fugitiva.

G. K. Chesterton

Cae la noche en la pacífica tierra de los feacios: en el inmenso palacio real, el pueblo se reúne junto al hombre desconocido, arrojado desnudo esa mañana por el mar sobre la pálida arena de la playa. Comparten con él la alegría y los manjares a la luz de las antorchas, en el interminable salón de los reyes. Van y vienen, entre las mesas, los sirvientes, cargando bandejas rebosantes de comida, colmando las ávidas copas de bronce. Todas las voces se confunden en un bullicio que es como una música de fondo de la conversación que cada uno puede tener con alguno de los comensales más cercanos. Hacia lo más lejano del salón, por una puerta lateral, asoma la silueta de un hombre cargando una cítara. Ese hombre algo le dice, al oído, al niño que viene con él. (Vos y yo no vemos aún sus rasgos porque está todavía muy lejos de nosotros. Recién cuando se acerque un poco más, notaremos sus ojos glaucos y muertos y comprenderemos que el niño es su lazarillo.) A pocos pasos de la mesa real, el hombre de piel curtida por el sol y el mar, por los años y la fatiga, trata en vano de interesarse por lo que alguien, sentado junto a él, afirma o le pregunta. Alcínoo, el rey, ordena el silencio, e invita al hombre de la cítara a que comience su canto. Entonces, Demódoco rompe a cantar, Demódoco, el poeta “que fue amado y cegado por la Musa”. Y así, justo al lado del hombre, canta toda la guerra de Troya: canta el rapto de Helena; canta las mil naves que surcan el piélago; canta la furia homicida; canta los días oscurecidos por la noche de flechas; canta el asesinato de los troyanos y el de su sabio y viejo rey; canta el saqueo, las violaciones, el terror; canta, y no se cansa de cantar, la muerte, siempre la muerte; y canta, además, que las puertas del exterminio fueron abiertas por el ingenio de un hombre, Odiseo, el hombre que imaginó, entre el delirio y un río innominado saturado de cadáveres, el regalo fatal: un alto caballo de madera hinchado de guerreros. En absoluto silencio, se asombran todos del perfecto arte del poeta -de su precisión y de su memoria, que atribuyen al auxilio de la Musa-, y gozan cada uno de sus versos, de su voz, del rasgueo apagado de la cítara. Los maravilla la historia que canta Demódoco, y agradecen, no sólo que todo eso haya ocurrido, como en un sueño, muy lejos de ellos, sino además, y por sobre todas las cosas, que no haya nadie en su apacible tierra, ahí, capaz de tales aniquilaciones.

Pero de pronto, como un relámpago que lo espanta, Alcínoo ve (nosotros también lo vemos) al hombre entristecerse por el dulce canto del poeta: lo ve llorar cuando todos los otros se embelesan con las mil historias del poeta ciego, y al verlo presente, en la mirada turbia de aquél extranjero, lo inaudito: la verdad de los versos de Demódoco. Y luego de solamente un instante, Alcínoo termina de

comprender que allí, en su manso reino, la serena tierra de los hombres que no conocen la violencia, ha dejado entrar un caballo de madera cargado de guerreros. Manda, entonces, que cese el canto, y entre el silencio sorprendido de su gente, exhorta al extranjero a revelar su nombre, su patria, su intención; y le advierte que no mienta, porque sólo su verdad, cualquiera sea, servirá para que las extraordinarias naves feacias lo lleven pronto al lugar que él desee.

Entonces él, que está como con espada entre indefensos, él, el detestado, el paria, el proscrito, duda entre mentir –que es lo mejor que sabe hacer- y abrirse camino con su verdad ante la multitud suspendida. Él, un fugitivo que vaga por la sombra, elige su verdad, pero la suya será una verdad que dirá cantando, como un poeta, porque cantando acaso logrará que entre los dioses y los hombres él y su verdad terrible al fin fulguren.

El hombre mira al niño –que se ha sentado a sus pies- mientras temple ensimismado las cuerdas. Entrecierra los párpados, invoca silenciosamente a la Musa (necesita de ella una canción para salir de la sombra) y rompe a cantar lo que todos nosotros, con distintas o idénticas palabras, ya escuchamos alguna vez de labios de algún desconocido: “Soy Odiseo, el hijo de Laertes, el que está en boca de todos los hombres por toda clase de trampas, y mi fama llega hasta el cielo”.

Y el niño le guiña un ojo.

## Campo Dorado

**Amina caminaba por las yermas y grisáceas tierras que formaban la llanura conocida en tiempos mejores como “Campo Dorado”. Ahora lo único dorado que podías encontrar allí eran los tímidos rayos de sol que acariciaban la muerta planicie, tratando de devolverle algo de vida, sin éxito.**

**Andando distraída halló una diminuta flor solitaria. Encontró una semilla dentro y su tallo se dobló ligeramente, se estaba muriendo. Sin saber qué hacer se tragó la semilla, confiando en salvarla plantándola en su interior.**

**Volvió para contarle a su familia sobre la flor. Estos la siguieron emocionados solo para encontrarla completamente**

**marchita. Decepcionados, se marcharon con rostros fúnebres. Amina no lo entendía, pero llegó a comprenderlo cuando notó algo germinando en su vientre. Tocó la tierra, bebió del río y miró al cielo. Un río podrido, una tierra maltratada y un cielo oscuro. Ahora lo entendía. La tierra no se moría, ellos la estaban envenenando.**



**Rodrigo García Villarrubia**

## SOLIDARIDAD

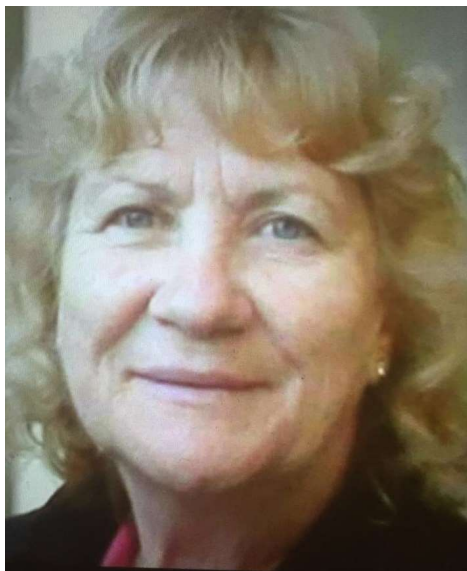
Estela era una jovencita fuera de lo común. Había completado sus estudios secundarios con buenas calificaciones. Le gustaba divertirse con sus amigas e ir a bailar los fines de semana, pero lo que más la seducía era leer. Leía todo lo que circulaba por las redes o medios de difusión. Iba enhebrando sueños, se instruía, viajaba por mundos de fantasía o de la realidad. Por eso se la podía ver en algún sillón de su casa con un libro y algo de tomar. También frecuentaba las bibliotecas como recurso para leer en un sitio silencioso para no distraerse. Se había asociado a la de su barrio y podía sacar a préstamo un libro. Un día cuando fue a entregar el libro que ya había leído, se encontró con un cartel que decía: "Se buscan voluntarios/as para leer libros a ancianos del Hogar San José".

De ahí que a nadie extrañó cuando decidió sumar esta actividad solidaria a sus actividades frecuentes. Allí fue averiguar. La recibió la secretaria que le informó que a varios ancianos les gustaba leer, pero por problemas de vista no podían leer y otros a los que les hacía muy bien la compañía y no tenían familiares que lo pudieran hacer. Que el hogar poseía una buena biblioteca con suficientes libros. Estela le prometió que al día siguiente lo haría.

De este modo allá fue al horario indicado dispuesta para hacerlo. Al llegar se encontró con un nutrido grupo de ancianos esperando en el amplio comedor. Parece que la encargada les había preguntado qué querían que les leyera y ya había seleccionado el libro. Estela se presentó, les dijo que estaba encantada de leerles. Que trataría de hacerlo al ritmo que ellos desearan. Que si había alguna palabra que no entendían se lo dijeran sin ninguna clase de vergüenza y lo mismo si su ritmo era muy apresurado. Comenzó a leer; un par de ancianas le preguntaron por unas palabras que no entendieron. Con el ritmo no hubo inconvenientes: Estela se esmeró en hacerlo lentamente al ritmo que creyó adecuado. A las dos horas creyó conveniente detenerse, aunque ellos querían que continuara. Estela le explicó que no debían agotarse y que ella volvería a leerles.

Así fue yendo a cumplir su promesa cada tarde. Convino con la encargada que el fin de semana no iría porque ella tenía que organizarse con sus actividades personales. Ésta le dijo que era lo correcto, pero que además eran los días que los familiares acudían a visitar a sus mayores. Todo cerraba entonces. Nadie se privaba de sus actividades. Cada semana cumplía con lo pactado. Los ancianos estaban encantados. Solían preguntarle cuando no entendían alguna palabra o incluso párrafos complicados. Al final de la lectura algunos querían conversar con ella un rato acerca del sentido de lo leído. Estela lo hacía con muy buen gusto y voluntad. Los felicitó incluso por el nivel de su comprensión. Se rieron todos e incluso le preguntaron si eran "buenos alumnos". Ella también se rio muy divertida, pero les aclaró "yo no soy su maestra".

A fin de año, Estela, tuvo una enorme sorpresa: los ancianos le habían comprado un regalo en agradecimiento por su tarea. Con una tarjeta donde cada uno escribió algo dedicado a ella. Estela no pudo reprimir una lágrima de felicidad. Tarea cumplida se dijo.



**Teresa Benedossi**



## Petites Morts

El avión biplaza yacía en el fondo de la laguna, apenas cubierto por las algas y el limo. Congelado en el tiempo, milagrosamente intacto. El buzo los descubrió en el asiento principal, con sus cuerpos entrelazados y las manos ancladas a la espalda del otro.

Hubiera jurado que las calaveras sonreían.

*Gema Bocardo*